

FLAVIO JOSEFO

# LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
JESÚS M.<sup>a</sup> NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264

NOVELA DE LA ALMA

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.

ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

## LIBRO VI

## NOTA TEXTUAL

### EDICIÓN DE NIESE

144 (11) σταδιαίαν  
229 (21) ἀφαμμαούς  
252 (5) † φλόγος  
345 (6) βασανίσας

### NUESTRO TEXTO

σταδιαίαν Thackeray  
ἀπ' Ἀμμαοῦς C  
ϋλης *MLVRC*  
βασανίσαι Destinon

## SINOPSIS

### EL SITIO Y LA TOMA DE JERUSALÉN, DESDE LA CAÍDA DE LA TORRE ANTONIA HASTA LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD (julio – septiembre del 70 d. C.)

1. Los romanos levantan nuevos terraplenes. – 15. Los judíos fracasan en su ataque. – 23. Caída de la torre Antonia. – 33. Tito arenga a sus soldados. – 54. El sirio Sabino escala la muralla. – 68. Los soldados romanos avanzan hacia el Templo. – 81. El centurión Juliano. – 93. Fin del sacrificio perpetuo. Discurso de Josefo a los judíos asediados. – 111. Deserciones judías. – 124. Nuevas exhortaciones de Tito. – 129. Ataque nocturno de los romanos. Nuevos terraplenes. – 152. Ofensiva judía. – 161. El jinete Pedanio. – 164. Incendio de los pórticos del Templo. – 169. Jonatán y Pudente. – 177. Estratagema judía. – 186. El heroísmo de Longo y Antonio. Incendio del pórtico norte. – 193. El hambre se adueña de los sitiados. Casos de antropofagia. – 214. Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades. – 220– Fracaso del ataque romano al muro del Templo. – 228. Tito ordena prender fuego a las puertas. – 236. Consejo de guerra romano. – 244. Los judíos fracasan en su asalto. – 249. El incendio del Templo. Tito intenta apagarlo. – 271. Las calamidades del incendio del Templo y sus alrededores. – 288. Presagios y oráculos sobre la catástrofe de Jerusalén. – 300. El falso profeta Jesús, hijo de Ananías. – 316. Tito

es aclamado emperador. Ejecución de los sacerdotes. — 327. Discurso de Tito a los vencidos. — 351. Tito decide destruir la ciudad. — 356. La familia del rey Izate se entrega. — 358. Los rebeldes asaltan el palacio real. — 363. Incendio de la Ciudad Baja. — 370. Los judíos se refugian en las galerías subterráneas. — 374. Los romanos se disponen a asaltar la Ciudad Alta. — 378. Los idumeos intentan rendirse. — 387. Los tesoros del Templo son entregados a los romanos. — 392. La Ciudad Alta cae en manos romanas. — 403. Victoria total de Tito sobre la ciudad. — 409. Tito entra en Jerusalén. — 414. Muertos y prisioneros judíos. — 428. Los refugiados en los subterráneos. Juan de Giscala es capturado. — 435. Cronología de la historia de Jerusalén.

*Los romanos  
levantan nuevos  
terraplenes*

La situación de Jerusalén empeoraba <sup>1</sup> cada día, pues los rebeldes se excitaban aún más a causa de las desgracias y el hambre hacía presa también en ellos después de haberlo hecho en el pueblo <sup>1</sup>. El <sup>2</sup> número de cadáveres que se amontonaban a lo largo de la ciudad presentaba una horrible visión y desprendía un olor pestilente que impedía las incursiones de los combatientes. Pues, en efecto, era preciso que ellos, que avanzaban por un campo de batalla lleno de innumerables muertos, pisotearan sus cuerpos. Sin embargo, pasaban por encima de ellos sin <sup>3</sup> miedo, sin compadecerse y sin tener como un mal augurio para sí mismos el ultraje hecho a los muertos. Con sus ma- <sup>4</sup> nos llenas de sangre de compatriotas salían a luchar contra gente extranjera y, según me parece, echaban en cara a Dios su lentitud en castigar a sus enemigos, pues ahora la guerra no cobraba fuerza por la expectativa de una victoria, sino por la desesperación de salvarse. Por su parte los romanos, <sup>5</sup> que habían soportado muchos esfuerzos en la recogida de materiales para la construcción, levantaron los terraplenes en veintiún días. Como ya he dicho <sup>2</sup>, talaron todo el territorio

---

<sup>1</sup> Sobre la oposición radical de Josefo entre los rebeldes y el resto del pueblo judío en este conflicto, véase nota a IV 147.

<sup>2</sup> Cf. V 523.



que rodea la ciudad en una extensión de noventa estadios.

6 La visión de esta zona era digna de lástima, ya que los terrenos que antes estaban embellecidos con árboles y jardines se hallaban ahora abandonados y sin vegetación en ningún sitio. Ningún extranjero que hubiera visto la Judea de antaño y los hermosísimos arrabales de la ciudad, al contemplar entonces su desolación, podría estar sin lamentarse y sin llorar por el cambio tan grande que en ella se había  
7 producido. La guerra había acabado con todas las señales de la belleza de antes y, si uno de los que conocía el lugar regresara de pronto, no lo reconocería, sino que buscaría la ciudad, a pesar de estar al lado de ella.

9 La conclusión de los terraplenes hizo que, tanto entre los  
10 judíos como entre los romanos, surgiera el miedo. Los primeros suponían que la ciudad sería conquistada, en el caso de que no consiguieran prender de nuevo fuego a los terraplenes, mientras que los segundos sabían que nunca la tomarían, si les destruían sus obras. Pues no había madera y los soldados ya no tenían fuerza, a causa de las fatigas, y les  
12 faltaban ánimos, debido a las continuas desgracias. Las desdichas de la ciudad afectaban más a la situación anímica de los romanos que a la de sus propios habitantes, pues se enfrentaban a combates que en medio de tan grandes reveses no se habían debilitado. Mientras tanto, ellos perdían  
13 poco a poco sus esperanzas al ver que sus terraplenes caían ante los ataques del enemigo, que sus máquinas no podían con la solidez de la muralla y que los combates cuerpo a cuerpo cedían ante la audacia de sus adversarios. Pero lo más importante de todo era comprobar que los judíos conservaban una fortaleza de espíritu por encima de tantas  
14 serias, de la sedición, del hambre y de la guerra. Los romanos creían que los ataques de estos hombres serían invencibles y que no podrían dominar el coraje que ellos conservaban en

las desgracias. ¿Qué no podrían soportar los judíos, si el Destino<sup>3</sup> les favoreciera, cuando ahora en un momento adverso se llenaban de valor? En consecuencia, fortificaron aún más la vigilancia de los terraplenes.

Los hombres de Juan reforzaron la 15

seguridad por el lado de la torre Antonia,

en vista de lo que pudiera ocurrir en caso

de que se destruyese la muralla, y antes de

que los enemigos acercaran los arietes

atacaron las obras. Sin embargo no consiguieron su propó- 16

sito, sino que salieron con antorchas y, sin llegar a los terra-

plenes, se volvieron tras haber enfriado bastante sus espe-

ranzas. En primer lugar, el plan no parecía estar concertado, 17

pues salían en grupos, a intervalos, titubeando por el miedo

que sentían, y, por decirlo en una palabra, no de una manera

propia de judíos<sup>4</sup>. Carecían de las características propias de

su nación, a saber, la audacia, el ímpetu, el atacar a la vez y

el no retirarse ante la derrota. Salieron con menos ardor que el 18

habitual y encontraron a los romanos formados en orden de

batalla y con más fuerza que de costumbre. Cerraban por 19

todos los lados el paso a los terraplenes con sus cuerpos y

armaduras, de tal forma que no dejaban por ningún sitio es-

pacio por el que prenderles fuego. Además, cada uno de

ellos tenía su espíritu decidido a no moverse de su puesto

hasta morir. Efectivamente, aparte de perder todas sus espe- 20

ranzas, en el caso de que volvieran a quemar sus obras, se

apoderó de los soldados una terrible vergüenza por el hecho

de que la astucia triunfara totalmente sobre el valor, la de-

<sup>3</sup> Sobre la personificación del Destino o Fortuna en Josefo, véase el apartado 5 de la Introducción.

<sup>4</sup> Por ejemplo, cuando los judíos asaltaron el campamento romano; cf. V 484.

- sesperación sobre las armas, el número sobre la destreza y  
 21 judíos sobre romanos. Al mismo tiempo colaboraban con  
 estos últimos las máquinas lanzadoras<sup>5</sup> que alcanzaban a los  
 judíos, cuando se acercaban a los terraplenes. Así, el que  
 caía se convertía en un obstáculo para el que venía detrás y  
 el peligro de seguir adelante debilitó aún más sus fuerzas.  
 22 Algunos de los que huían del interior de la línea de los dis-  
 paros, antes de entrar en combate, se retiraban asustados por  
 la disciplina y las densas filas de los enemigos, mientras que  
 otros lo hacían heridos por las lanzas<sup>6</sup>. Al final, se dieron la  
 vuelta sin hacer nada, acusándose unos a otros de cobardía.  
 El ataque tuvo lugar en el novilunio del mes de Panemo<sup>7</sup>.

- 23 Cuando los judíos se retiraron, los ro-  
 manos acercaron las helépolis<sup>8</sup>, a pesar de  
 que desde la Antonia les arrojaban pie-  
 dras, fuego, hierro y todo tipo de objetos  
 que la necesidad proporcionaba a los ene-  
 24 migos. En efecto, aunque los judíos tenían mucha confianza  
 en la muralla y menospreciaban las máquinas, sin embargo  
 25 intentaban que los romanos no las acercaran. Estos últimos,  
 como creían que los hebreos se esforzaban por impedir el  
 ataque a la Antonia a causa de la debilidad del muro y como  
 tenían la esperanza de que sus cimientos estarían ya resenti-  
 26 dos, aumentaron sus esfuerzos. Los golpes contra el muro  
 no cesaban, sino que los romanos, que no paraban de recibir  
 proyectiles y no cedían a ninguno de los peligros que les

<sup>5</sup> Sobre este tipo de armas, como oxibelas, balistas, catapultas, etc, cf. notas a IV 19 y 583.

<sup>6</sup> El *pilum* romano, citado en el *excursus* sobre el ejército de III 95.

<sup>7</sup> El 20 de julio del año 70, según precisa Niese en su edición *ad loc.*; cf. V 567.

<sup>8</sup> Cf. V 275.

venían desde arriba, mantenían activas las helépolis. Sin embargo, como estaban en desventaja y eran golpeados por las piedras, otros soldados se cubrieron sus cuerpos con los escudos<sup>9</sup> y socavaron los cimientos de la muralla con sus manos y con palancas. De esta forma, con grandes esfuerzos, removieron cuatro bloques de piedra. La noche hizo que unos y otros se tomaran un respiro. Sin embargo, entonces se vino abajo de repente el muro, abatido por los arietes, al ceder una mina por el lugar donde Juan había abierto una galería para hacer frente a los primeros terraplenes del adversario<sup>10</sup>.

Este suceso produjo en los ánimos de los dos bandos reacciones inesperadas. Los judíos, que lógicamente deberían haberse amedrentado, aumentaron su valor porque la Antonia aún continuaba en pie, además de porque el muro no había caído de forma inesperada y habían tomado precauciones para ello. Por su parte la correspondiente alegría de los romanos por este derrumbamiento desapareció al ver otro muro que los secuaces de Juan habían levantado detrás de aquél en el interior. No obstante, el ataque contra este segundo muro parecía más sencillo que el precedente, pues resultaba más fácil de escalar gracias a los escombros; además creían que éste era mucho más endeble que el de la torre Antonia y que podría ser destruido con rapidez al tratarse de una construcción provisional. A pesar de ello nadie se atrevió a subir por él, pues la muerte era segura para los que se arriesgaran a ello los primeros.

---

<sup>9</sup> Es la formación conocida con el nombre de *testudo*, «tortuga», señalada ya en II 537.

<sup>10</sup> Juan de Giscala había abierto una galería subterránea desde la torre Antonia hasta los terraplenes romanos, por debajo del foso de la fortaleza; cf. V 469.



de los judíos, mientras que sus sufrimientos aumentan con  
 nuestro valor y con la participación de la divinidad. La sedi- 40  
 ción, el hambre, el asedio y los muros que se vienen abajo  
 sin la acción de las máquinas, ¿Qué son, si no indicios de la  
 cólera divina contra ellos y de la correspondiente ayuda para  
 nosotros? Realmente no sería propio de romanos no sólo el 41  
 ser vencidos por individuos inferiores, sino también el trai-  
 cionar la alianza divina. Cómo no va a ser una vergüenza 42  
 que los judíos, que no tienen ningún reparo en ser domina-  
 dos, porque ya conocen la esclavitud<sup>13</sup>, desprecien la muerte  
 para no tener que padecer más esa servidumbre y hagan  
 muchas veces incursiones contra nosotros, no por la espe-  
 ranza de obtener el triunfo, sino para demostrar su valentía.  
 Y que en cambio, vosotros, que sois dueños de casi toda la 43  
 tierra y del mar, y para quienes es también un oprobio no  
 vencer, no os arriesguéis ni una sola vez a atacar a los ene-  
 migos, sino que, con armas tan poderosas, esperéis sentados 44  
 sin hacer nada el hambre y el golpe de la Fortuna<sup>14</sup>, cuando  
 podíais obtener el triunfo total con un pequeño riesgo<sup>15</sup>. Si 45  
 subimos a la torre Antonia, nos apoderaremos de la ciudad,  
 pues, aunque surgiera algún combate contra los de dentro,  
 algo que no creo que ocurra, el estar en la cima de la colina  
 y el dejar sin aliento a los enemigos nos aseguran una victo-  
 ria total en poco tiempo. Yo, por mi parte, dejo a un lado el 46  
 elogio de la muerte en la guerra y la inmortalidad de los que

---

nifestada con especial relieve en su elección, y en la de Tito. A lo largo de este discurso y en los hechos posteriores Josefo repetirá este mismo argumento, que constituye uno de los objetivos básicos de su obra.

<sup>13</sup> Esta misma idea les recordaba el rey Agripa a los judíos en su famoso discurso; cf. II 355-357.

<sup>14</sup> Otro caso más de la personificación de la Fortuna o Destino; cf. el apartado 5 de la Introducción.

<sup>15</sup> Tácito, *Historias* V 11, se hace eco de esta espera a que el hambre acabara con los sitiados.

caen por el furor bélico<sup>16</sup>, y desearía que los que piensan de otra forma murieran de enfermedad en tiempo de paz, ya que su alma está condenada a permanecer en la tumba junto  
 47 con su cuerpo. ¿Qué hombre valiente no sabe que las almas que han sido separadas de la carne por el hierro en la lucha son acogidas por el éter, el más puro de los elementos, que las coloca entre los astros, y que se convierten para la poste-  
 48 ridad en genios buenos y héroes bienhechores?<sup>17</sup> Mientras que las almas que se consumen a la vez que sus cuerpos enfermos, aunque no tengan manchas ni impurezas, la noche subterránea acaba con ellas y un profundo olvido las recibe, de modo que así consiguen a la vez la desaparición de su  
 49 vida, de su cuerpo y también de su recuerdo. Si el Destino ha fijado para el ser humano una muerte irremediable y el hierro es mejor verdugo para ella que cualquier enfermedad, ¿cómo no va a ser una cobardía negar al bien común lo que  
 50 debemos pagar por necesidad? He dicho estas palabras como si las personas que intentaran esta hazaña no pudieran salvarse; sin embargo, a los hombres valientes les es factible  
 51 librarse incluso de los peores peligros. En primer lugar, es

---

<sup>16</sup> La muerte en la batalla y el martirio como vía para alcanzar la inmortalidad pertenece más bien al pensamiento judío, a pesar de ser Tito el que exprese estas ideas; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 7, 9 y *Contra Apión* II 232 ss.

<sup>17</sup> En estas palabras se perciben conceptos de la doctrina estoica sobre la inmortalidad del alma, si bien también hay ciertos puntos de contacto con la doctrina de los esenios sobre el más allá, según se comentó en nota a II 154. Josefo se había sentido atraído también por las creencias fariseas, ya que éstas mostraban puntos de contacto con la filosofía estoica. Los fariseos habían convertido en un elemento esencial de su doctrina la inmortalidad del alma, que no aparecía en los textos bíblicos. La base de su creencia eran las recompensas y castigos que se recibían después de la muerte, así como la dicotomía entre la Providencia divina y el libre albedrío; cf. II 163, *Antigüedades* XVIII 14 y *Contra Apión* II 218.

fácil subir por la brecha abierta en el muro, y, en segundo lugar, todo lo que acaban de construir<sup>18</sup> es sencillo de demoler. Vosotros, que sois más numerosos, animaos a entrar en acción, sed acicate y ayuda los unos para los otros, y así vuestra tenacidad rápidamente quebrantará el valor de los enemigos. Quizá alcancéis la victoria sin derramamiento de sangre nada más empezar. Lógicamente los judíos intentarán impedir que escaléis, pero ya no podrán resistirlo, si forzáis una entrada, sin que ellos os vean, aunque seáis pocos los que lleguéis. Me avergonzaría si a aquel que escalara el primero no le convirtiera yo en una persona envidiable por las recompensas que le voy a dar: el que sobreviva será el jefe de sus iguales y los que mueran recibirán las más dichas recompensas».

*El sirio Sabino  
escala la  
muralla*

Cuando Tito terminó su discurso, toda la multitud se llenó de miedo por la magnitud del peligro, menos uno de los soldados de las cohortes, llamado Sabino y natural de Siria, un hombre de reconocida superioridad en fuerza y coraje. Al verlo<sup>19</sup> uno no creería, por su aspecto externo, que ni siquiera era un soldado corriente. Su piel era negra, enjuto, de poca carne, pero en un cuerpo menudo y muy pequeño para tanta fuerza se albergaba un alma heroica. Este personaje fue el primero que se levantó y dijo: «César, me entrego a ti con decisión. Yo soy

<sup>18</sup> El segundo muro que de forma improvisada habían levantado Juan y sus secuaces; cf. VI 31.

<sup>19</sup> A partir de aquí la descripción de los acontecimientos del sitio de Jerusalén evidencia que el propio historiador ha podido ser testigo de los hechos narrados, según se indicó en I 1 ss.



57 el primero que va a escalar la muralla. Pido que tu Fortuna  
acompañe mi fuerza y mi resolución<sup>20</sup>, y, si no consigo mi  
propósito, ten bien presente que no caeré en contra de mis  
expectativas, sino que deliberadamente he optado por morir  
58 por ti». Tras decir estas palabras levantó su escudo con la  
mano izquierda por encima de la cabeza, con la derecha sa-  
có su espada y salió corriendo hacia la muralla cuando era  
59 exactamente la sexta hora del día<sup>21</sup>. Le siguieron otros once,  
los únicos que estaban decididos a imitar su valentía. Sabino  
iba muy por delante de todos impulsado por un cierto arrojo  
60 sobrenatural. Desde el muro los centinelas les lanzaban fle-  
chas, por todos los sitios les rodeaban con innumerables dis-  
paros y hacían rodar inmensas piedras, que arrastraron a al-  
61 gunos de los once hombres. Por su parte Sabino, en medio  
de los tiros y cubierto por las flechas, no cesó en su ímpetu  
62 hasta llegar arriba y poner en fuga a los enemigos. Los ju-  
díos, asustados ante la fuerza y arrojo de Sabino, y como  
creían que eran muchos más los que subían con él, se retira-  
63 ron. En este momento es donde se podría acusar a la Fortu-  
na de ser envidiosa con la virtud y de oponerse siempre a  
64 renombradas hazañas<sup>22</sup>. Pues este hombre, nada más conse-  
guir su propósito, se resbaló, se golpeó con una piedra y ca-  
yó de bruces sobre ella con un inmenso estrépito. Los judíos  
se dieron la vuelta y, al ver que estaba solo y tirado en el  
65 suelo, le atacaron por todas partes. Tras apoyarse sobre una  
rodilla y cubrirse con un escudo, empezó por defenderse y  
66 herir a los que se le acercaban. Luego, a causa de los nume-  
rosos golpes, dejó caer su brazo derecho y al final, antes de

---

<sup>20</sup> Sobre la Fortuna que acompaña siempre a la persona de Tito véase V 88.

<sup>21</sup> Las doce de la mañana, según el cómputo horario romano seguido por Flavio Josefo.

<sup>22</sup> Cf. nota a VI 14.

entregar su espíritu, las flechas le cubrieron por todas partes. Este hombre, que por su valor era digno de una suerte mejor, pereció de acuerdo con la hazaña emprendida. Del resto 67 de los hombres que iban con él, tres murieron a pedradas, cuando ya estaban en lo alto, y los otros ocho fueron empujados cuesta abajo y llevados heridos al campamento. Estos acontecimientos tuvieron lugar el tercer día del mes de Panemo<sup>23</sup>.

Dos días después, veinte de los guar- 68

*Los soldados  
romanos  
avanzan hacia  
el Templo*      dianes que vigilaban los terraplenes se agruparon. Se atrajeron también al portaestandarte de la quinta legión<sup>24</sup>, así como a dos soldados de las cohortes de caballería y a un trompeta, y en la hora nona de la noche<sup>25</sup> se acercan en silencio a la Antonia a través de los escombros. Mataron a los primeros centinelas que se encontraron dormidos, se apoderaron de la muralla y ordenaron tocar la trompeta. Al oírlo, los demás guardianes se despertaron de repente y 69 escaparon antes de ver cuántos eran los soldados que habían subido, pues el miedo y la trompeta les habían hecho imaginar que había escalado el muro una gran cantidad de enemigos. Cuando César oyó la señal, rápidamente hizo armar a 70 sus soldados y fue el primero en llegar arriba con sus oficiales y con un grupo de soldados escogidos. Los judíos se 71 refugiaron en el Templo y los romanos penetraron en él por la galería que Juan había abierto contra los terraplenes del

<sup>23</sup> El 22 de julio del 70; cf. VI 22.

<sup>24</sup> La legión V *Macedonica*; cf. V 42.

<sup>25</sup> Aproximadamente las tres de la mañana. Las doce horas de la noche se dividían en cuatro vigilias militares de tres horas cada una de ellas, de acuerdo con los correspondientes turnos de guardia. Este mismo cómputo es el que sigue Josefo en otros pasajes (cf. nota a III 319).

72 adversario<sup>26</sup>. Los rebeldes de los dos bandos, de Juan y de  
Simón, de forma separada, cerraban el paso a los romanos  
sin dejar en ningún momento de hacer demostración de una  
73 gran fuerza y ardor. Pues tenían la idea de que la entrada de  
los romanos en el santuario significaba el final de la con-  
quista, mientras que para éstos era el principio del triunfo.  
74 Se libró un duro combate junto a la entrada del Templo: los  
romanos intentaban a la fuerza tomar el lugar, mientras que  
75 los judíos los rechazaban hacia la Antonia. Ni las flechas ni  
las lanzas tenían utilidad para unos y otros, sino que com-  
batían cuerpo a cuerpo con sus espadas en la mano. En la  
batalla no era posible percibir<sup>27</sup> en qué bando se luchaba,  
ya que los hombres estaban mezclados y desordenados, a  
causa del poco espacio que tenían<sup>28</sup>, y los gritos no se po-  
76 dían entender debido al alboroto. En los dos campos la ma-  
tanza fue muy grande. Los combatientes destrozaban con  
77 sus pisadas los cuerpos y las armas de los caídos. En cual-  
quiera de los puntos donde se inclinaba el oleaje de la re-  
frega, siempre se escuchaban los gritos de ánimo de los  
vencedores y los lamentos de los vencidos. No había sitio  
para huir ni para perseguir, sino que se producían avances y  
retrocesos con casi el mismo desorden que había entre sus  
78 filas. Los que se hallaban en los primeros puestos no tenían  
otro remedio que morir o matar, pues no había escapatoria.  
Los que iban detrás, en uno y otro bando, empujaban a la

<sup>26</sup> Cf. V 469 y VI 28. Los subterráneos, con diferentes redes e itinerarios, que había debajo del Templo y de la Antonia eran numerosos según se indica en *Antigüedades* XV 424 y como parece desprenderse de lo expuesto en V 102, 104 y VII 29.

<sup>27</sup> Quizá Josefo presencié directamente estos acontecimientos junto a Tito; cf. nota a VI 55.

<sup>28</sup> La lucha se está produciendo en las entradas del Templo, tanto en las escaleras de acceso (cf. V 243) como en las salidas de las galerías subterráneas, lugares todos ellos estrechos.

fuerza a sus propios compañeros hacia adelante, sin dejarles espacio para combatir. Sin embargo, el arrojo judío se impuso sobre la experiencia romana y los efectivos de estos últimos empezaron a ceder por todas partes, pues llevaban luchando desde la hora nona de la noche hasta la séptima del día<sup>29</sup>. Los judíos, como una piña, dieron pasto a su valentía ante el peligro de la conquista de la ciudad que les amenazaba, mientras que los romanos se encontraban sólo con una parte de sus tropas, ya que las legiones aún no habían llegado a lo alto, a pesar de que los combatientes tenían puestas sus esperanzas en ellas. Por tanto, les pareció de momento suficiente haber conquistado la Antonia.

*El centurión  
Juliano*

Un cierto Juliano, centurión de Bitinia, hombre famoso, el mejor de todos los que yo vi<sup>30</sup> en aquella guerra por su destreza en el empleo de las armas, su fuerza física y la tenacidad de su espíritu, se dio

cuenta de que los romanos ya retrocedían y que se defendían con dificultad. Estaba con Tito en la torre Antonia y desde allí dio un salto y él sólo hizo que los judíos, aunque ya eran los vencedores, retrocedieran hasta el ángulo<sup>31</sup> del Templo interior. Toda la multitud huyó en grupo, pues creían que aquella fuerza y audacia no eran propias de un ser humano. Juliano iba de un lado para otro en medio de los judíos, que se habían dispersado, y mataba a cuantos se encontraba. Nada pareció más admirable a César ni más te-

<sup>29</sup> Hasta la una de la tarde; cf. VI 68.

<sup>30</sup> Esta expresión parece confirmar la presencia de Josefo en los acontecimientos narrados, al menos en estos últimos momentos de la toma de Jerusalén; cf. nota a VI 55.

<sup>31</sup> El ángulo noroeste.

84 rrible para los enemigos que ver aquel espectáculo. No obstante, también<sup>32</sup> Juliano fue perseguido por el Destino, al que  
85 no puede escapar ningún mortal. Como todos los demás soldados, llevaba unas sandalias provistas de numerosos y agudos clavos<sup>33</sup>; resbaló al correr por el pavimento del Templo<sup>34</sup> y cayó de espaldas con un inmenso estrépito de su armadura. Esto hizo que los que habían huido se dieran la  
86 vuelta. Un grito estalló entre los romanos de la Antonia, que temían por este hombre. Los judíos le rodearon en tropel y  
87 le atacaron por todas partes con lanzas y espadas. Él hizo frente muchas veces al hierro con su escudo y en numerosas ocasiones, cuando intentaba levantarse, era empujado de nuevo por la multitud. Sin embargo, aún tirado en el suelo,  
88 hirió con su espada a muchos adversarios. Juliano tardó en morir, porque el casco y la coraza le protegían sus partes vitales contra los ataques y porque tenía el cuello encogido. Finalmente, destrozados los demás miembros de su cuerpo y  
89 sin que nadie se atreviera a ayudarle, pereció. Un terrible pesar se apoderó de César por un hombre tan valeroso que había muerto ante la vista de tanta gente. El lugar en que se hallaba fue un obstáculo para que el propio César le ayudara, a pesar de que quería hacerlo, mientras el miedo se lo  
90 impidió a los que podían haberle socorrido. En consecuencia, Juliano fue degollado no sin dificultad, tras luchar durante largo tiempo con la muerte y sin dejar ilesos a muchos de los que le atacaron. Obtuvo una destacadísima gloria no sólo ante los romanos y ante César, sino también ante sus ene-  
91 migos. Los judíos cogieron su cadáver, volvieron a empujar a los romanos hasta la torre Antonia y allí los encerraron.

<sup>32</sup> Como antes ha ocurrido con Sabino; cf. VI 63.

<sup>33</sup> THACKERAY, *ad loc.*, ve en esta expresión una reminiscencia homérica de *Ilíada* I 246 y XI 633.

<sup>34</sup> El atrio exterior estaba empedrado por unas amplias losas.

En este combate lucharon de forma destacada entre los ju- 92  
díos un tal Alexas y Gifteo<sup>35</sup>, de las tropas de Juan, Mala-  
quías, Judas, el hijo de Mertón, y Jacobo<sup>36</sup>, hijo de Sosas, jefe  
de los idumeos, de los efectivos de Simón, y del grupo de  
los zelotes, dos hermanos, Simón y Judas, hijos de Ari.

*Fin  
del sacrificio  
perpetuo.  
Discurso  
de Josefo  
a los judíos  
asediados*

Tito ordenó a los soldados que esta- 93  
ban con él acabar con los cimientos de la  
Antonia y abrir así una entrada fácil para  
todo el ejército. Mientras, él mismo man- 94  
dó llamar a Josefo, pues se había enterado  
de que en aquel día, el diecisiete del mes  
de Panemo<sup>37</sup>, por falta de hombres, no se  
había podido ofrecer a Dios el llamado sacrificio perpetuo<sup>38</sup>  
y que por ello el pueblo estaba muy disgustado. Tito le 95  
mandó de nuevo decir a Juan lo mismo de antes<sup>39</sup>, a saber,

<sup>35</sup> Citado en V 474.

<sup>36</sup> Cf. IV 235.

<sup>37</sup> Este día, 17 de Panemo o 17 del mes hebreo Tammuz, en agosto del año 70, es recordado por la tradición como el más desastroso de todos los que ha tenido que padecer el pueblo judío; cf. A. GUTTMANN, «The end of the Jewish sacrificial cult», *Hebrew Union College Annual* 39 (1967), 137-158.

<sup>38</sup> Diariamente, por la mañana y por la tarde, se ofrecían sendos cor-  
deros sin mancha acompañados de una ofrenda vegetal y una libación,  
por prescripción del *Éxodo* 29, 38-42 y *Números* 28, 3-8 (cf. también *Antigüedades* XIV 65). Este holocausto, denominado *tamid*, era considerado  
como el centro del culto y se había mantenido en todo momento desde  
tiempo inmemorial, incluso durante el asedio y la toma de la ciudad por  
parte de Pompeyo (cf. I 148). No obstante, en I 33 se ha relatado otro  
momento de interrupción temporal de este rito, a saber, bajo el dominio  
de Jerusalén por Antíoco IV Epífanes, que suspendió este sacrificio du-  
rante tres años y seis meses.

<sup>39</sup> Las exhortaciones que Tito había hecho a los judíos delante de las  
murallas en V 362-419.

que si se había apoderado de él un funesto deseo de luchar, se le permitía salir fuera a combatir con cuanta gente quisiera, sin arrastrar en su propia caída a la ciudad y al Templo. Que dejara de mancillar el lugar sagrado y de ofender a Dios. Tito le permitía celebrar los sacrificios, que habían sido interrumpidos, con los judíos que él eligiera. Josefo, para que le pudieran entender no sólo Juan, sino también los demás, les comunicó en hebreo<sup>40</sup> las palabras del César. Les hizo innumerables ruegos para que respetasen su patria, para que alejasen del Templo el fuego, que ya ardía, y dirigieran a Dios sacrificios de expiación<sup>41</sup>. El pueblo reaccionó con desesperación y silencio a estas arengas, si bien el tirano<sup>42</sup>, tras llenar a Josefo de insultos y maldiciones, acabó por añadir que nunca tendría miedo a la conquista de la ciudad, porque ésta pertenecía a Dios<sup>43</sup>. En respuesta a esta afirmación Josefo dijo a gritos: «¡En verdad tú has conservado pura la ciudad para Dios y su santuario permanece sin mancha! ¡Tampoco has cometido ninguna impiedad contra Aquél, a quien esperas tener de aliado, sino que aún recibe los sacrificios acostumbrados! ¡Maldito!, si alguien te quita el alimento diario, le consideras un enemigo, en cambio, tú, que

<sup>40</sup> Más bien en arameo, ya que el hebreo no se hablaba desde la vuelta del destierro. Sin embargo esta denominación de la lengua materna de los judíos sigue utilizándose en algunos textos de esta época, como por ejemplo en *Hechos de los Apóstoles* 21, 40 y 22, 2.

<sup>41</sup> Sacrificios expiatorios para purificarse, después de haber mancillado y profanado el Templo. Para hacer desaparecer la ira de Dios y recuperar su favor se seguía todo un ritual donde lo fundamental era la aspersión de sangre sobre los objetos del culto y sobre el pueblo. Esto es lo que hizo Judas Macabeo tras reconquistar el Templo, como se relató en I 39.

<sup>42</sup> Juan de Giscala.

<sup>43</sup> La confianza en Dios como aliado y en la inexpugnabilidad del Templo se ha comentado en nota a IV 127 y V 459.

has arrebatado a Dios su culto perpetuo, ¿esperas tenerle como aliado en la guerra? ¿Echas la culpa de tus pecados a los romanos, que hasta ahora se preocupan de nuestras leyes e intentan reestablecer para Dios los sacrificios que tú has interrumpido?<sup>44</sup>. ¿Quién no va a lamentarse y a llorar por el inesperado cambio que se ha producido en Jerusalén, si los extranjeros y los enemigos enderezan tu impiedad, mientras que tú, un judío que has sido educado en nuestras leyes, te comportas con ellas mucho peor que aquéllos? Sin embargo, Juan, no es algo vergonzoso arrepentirse de los crímenes en el último momento. Constituye un hermoso ejemplo para ti, si quieres salvar a tu patria, el caso del rey judío Jeconías. Antaño, cuando, por culpa del propio monarca, venía contra él el ejército babilonio, salió de la ciudad voluntariamente, antes de que se apoderara de ella, y se ofreció con su familia de buen grado a la esclavitud, para así no entregar a los enemigos estos santos lugares y no ver arder la casa de Dios<sup>45</sup>. Por ello las leyendas sagradas de todos los judíos celebran a este rey y su recuerdo inmortal, siempre vivo en su discurrir a través de los siglos, se transmite a la posteridad. Es un hermoso ejemplo, Juan, aunque de él se derive algún peligro. Yo te garantizo el perdón de los romanos. Recuerda que te lo aconsejo yo, que soy de tu misma nación, y que te lo prometo yo, que soy un judío, pues es necesario tener en cuenta quién es el consejero y de dónde procede. ¡Que nunca viva yo como prisionero de guerra en una situación tal que reniegue de mi origen o me olvide de

<sup>44</sup> Otra de las muchas afirmaciones filorromanas de esta obra, en este caso en boca del propio autor; cf. VI 94.

<sup>45</sup> Esta historia es narrada en *II Reyes* 24 12, aunque en esta ocasión Josefo la amplía sensiblemente; cf. también *Antigüedades* X 100.





de los rebeldes, permanecieron en sus puestos, aunque estaban seguros de su propia ruina y de la ciudad. Había, en cambio, otros que esperaron el momento de escapar sin peligro y se refugiaron en el bando romano. Entre estos últimos 114 estaban los sumos sacerdotes Josefo y Jesús, algunos hijos de sumos sacerdotes, como los tres hijos de Ismael<sup>50</sup>, el que había sido decapitado en Cirene, cuatro de Matías y uno de otro Matías, que huyó tras morir su padre, al que había matado Simón, el hijo de Giora, junto con sus tres vástagos, según he dicho antes<sup>51</sup>. Muchos otros judíos notables se pasaron al enemigo con los sumos sacerdotes. César los 115 recibió con magnanimidad y, además, como sabía que no les sería grato vivir con costumbres extranjeras, los envió a Gofna y les aconsejó permanecer de momento allí, pues les devolvería sus posesiones cuando tuviera tiempo después de la guerra. Ellos se marcharon contentos y totalmente segu- 116 ros a la aldea que les habían asignado. Como no se les volvió a ver, los rebeldes hicieron correr de nuevo el rumor de que los desertores habían sido degollados por los romanos<sup>52</sup>, para así claramente meter miedo a los demás e impedir que huyeran. La estratagema resultó bien durante un 117 tiempo, como ya había ocurrido antes<sup>53</sup>, pues el temor consiguió que nadie desertara.

Pero más adelante, cuando Tito hizo volver de nuevo a 118 los de Gofna y les ordenó rodear con Josefo las murallas para así ser vistos por el pueblo, un gran número de judíos se pasó

<sup>50</sup> Tal vez sea Ismael, hijo de Fabí, nombrado sumo sacerdote por el rey Agripa, y que acudió en una embajada ante Nerón, que lo retuvo en Roma como rehén; cf. *Antigüedades* XVIII 34, XX 179 y 194.

<sup>51</sup> En V 527-531 se ha dicho, en cambio, que este hijo de Matías había huido entonces junto a Tito, antes de morir su padre.

<sup>52</sup> Esta estratagema ya la habían practicado antes; cf. V 453.

<sup>53</sup> Cf. V 452-456.

entonces a los romanos. Los que se habían cambiado de bando se concentraron delante de los romanos y pidieron con llantos y lágrimas a los sediciosos que, en primer lugar, recibieran en toda la ciudad a los romanos y salvaran así de nuevo su patria. Si no, que al menos abandonaran totalmente el Templo y preservaran para ellos el santuario, pues los enemigos no se atreverían a prender fuego a los Santos Lugares, a no ser en caso de extrema necesidad. Los rebeldes se mostraron aún más hostiles ante estas propuestas: a los desertores les dieron en respuesta numerosos gritos injuriosos y dispusieron en las puertas sagradas las oxíbelas<sup>54</sup>, las catapultas y las máquinas lanzadoras de piedras<sup>55</sup>, de modo que el Templo en sus alrededores daba el aspecto de un cementerio a causa de la cantidad de cadáveres que había y el propio santuario parecía una fortaleza. Los rebeldes entraban corriendo en el interior del recinto sagrado e impenetrable<sup>56</sup> con sus armas y con las manos aún calientes por la matanza de compatriotas<sup>57</sup>. Llegaron a tal punto de crueldad que la indignación que lógicamente habrían sentido los judíos, si los romanos hubieran cometido tales ultrajes contra ellos, la sentían ahora los propios romanos contra los judíos por cometer sacrilegios contra su propia religión. No había ningún soldado que no mirara el Templo con temor respetuoso y veneración, y que no pidiera a los bandidos que se arrepintieran antes de que sus desgracias fueran irreparables.

---

<sup>54</sup> Cf. nota a IV 583.

<sup>55</sup> Es decir, balistas; cf. nota a IV 19.

<sup>56</sup> El altar, el lugar de los sacrificios y el Santo de los Santos, la zona más interior del santuario, donde sólo podían entrar normalmente los sacerdotes; cf. V 219 y 226.

<sup>57</sup> Josefo insiste en este lugar en la purificación previa a la entrada del Templo, que lógicamente estos profanadores no cumplían; cf. nota a IV 205.

*Nuevas  
exhortaciones  
de Tito*

Tito, muy disgustado por la situación, 124  
volvió a hacer los siguientes reproches a  
los hombres de Juan: «Malvados, ¿no ha-  
béis colocado vosotros esta balaustrada  
delante de los recintos sagrados? ¿No ha- 125  
béis intercalado allí pilares con inscripciones en griego y en  
nuestra lengua para prohibir que nadie cruzara el parapeto? <sup>58</sup>.  
¿No os autorizamos nosotros a ejecutar a los que lo atravesar- 126  
an, aunque fueran romanos los que lo hicieran? ¿Por qué  
ahora, criminales, pisoteáis en el Templo incluso a los cadá-  
veres? ¿Por qué mancilláis el santuario con sangre extranjera  
y de vuestros compatriotas? Pongo por testigos a los dioses de 127  
mi patria y a aquella deidad que alguna vez haya cuidado de  
este lugar, pues creo que ahora no le ayuda ninguna, también  
pongo por testigo a mi ejército, a los judíos que están conmi-  
go y a vosotros mismos de que yo no os obligo a profanar  
estos lugares. Si buscáis otro campo de batalla <sup>59</sup>, ningún ro- 128  
mano se acercará a los recintos sagrados ni los ultrajará, y yo  
os conservaré el Templo, aunque no queráis.

*Ataque  
nocturno  
de los romanos.  
Nuevos  
terraplenes*

Josefo tradujo estas palabras de César 129  
y los bandidos y el tirano <sup>60</sup> las recibieron  
con desprecio, ya que pensaban que estas  
arengas se habían producido no por be-  
nevolencia, sino por miedo. Cuando Tito 130  
vio que aquellos hombres no tenían piedad de sí mismos ni  
consideración para con su Templo, emprendió de nuevo,  
muy a pesar suyo, las actividades bélicas. No era posible 131

<sup>58</sup> Sobre la balaustrada y las inscripciones que cerraban el paso a los extranjeros véanse las notas a V 193-194.

<sup>59</sup> Esta propuesta se les ha hecho ya antes repetidamente; cf. V 334 y VI 95.

<sup>60</sup> Juan de Giscala.

llevar todas sus tropas contra ellos, dada la estrechez del lugar. Eligió de cada una de las centurias treinta de los mejores soldados, asignó mil a cada tribuno, puso al frente de ellos como general a Cereal<sup>61</sup> y le encomendó atacar a los centinelas sobre la hora nona de la noche<sup>62</sup>. Él mismo estaba armado y preparado para bajar con sus tropas a luchar, pero sus amigos se lo impidieron por la magnitud del riesgo y por las palabras de sus oficiales. Le habían dicho que sería más útil si se quedaba en la torre Antonia y dirigía la lucha de sus hombres, en lugar de bajar y exponerse el primero al peligro, pues todos, al ser observados por César, serían buenos luchadores. Tito fue convencido por estas razones y les confesó que él se quedaba detrás con la única intención de juzgar su valor y no dejar sin recompensa a ningún valiente ni sin castigo a ningún cobarde. Él sería espectador y testigo de todo, y tendría la autoridad para castigar y premiar. Los envió a la lucha a la hora establecida, mientras él se subió a un punto elevado de la Antonia, desde donde había una buena visión, y esperó el desarrollo de los acontecimientos<sup>63</sup>.

Sin embargo, los hombres enviados por Tito no encontraron dormidos a los guardias, como habían esperado, sino que inmediatamente tuvieron que combatir con ellos cuerpo a cuerpo, pues se les abalanzaron dando gritos. Los demás, ante el clamor de los centinelas, salieron corriendo en grupos desde el interior. Los romanos resistieron los ataques de los primeros, pero los que venían detrás cayeron contra sus propias tropas y muchos tomaron a sus compañeros como enemigos. El confuso griterío que se produjo en ambas par-

<sup>61</sup> Sexto Cerial Vetuleno, legado de la quinta legión, que desempeñó un importante papel en la lucha contra los idumeos; cf. IV 552-555.

<sup>62</sup> Las tres de la mañana; cf. VI 68.

<sup>63</sup> Cf. nota a VI 55 y 75.

tes no permitía reconocer a nadie por la voz, y la noche impedía distinguirse por la vista. Además, a unos no les dejaba ver el furor y a otros el miedo. Por ello golpeaban sin distinción al que se les pusiera delante. No obstante, el hecho de no reconocerse no perjudicaba tanto a los romanos, que se cubrían con sus escudos y que luchaban en unidades ordenadas, pues cada uno de ellos recordaba la contraseña. Los judíos, en cambio, siempre se hallaban dispersos, atacaban y se retiraban al azar, y muchas veces se confundían unos a otros por enemigos, ya que, a causa de la oscuridad, creían que era un romano el que les acometía, cuando alguno de los suyos retrocedía. Fueron más los judíos heridos por sus propios compañeros que por los enemigos, hasta que al llegar el día se podía ver ya el desenlace de la batalla. Entonces, los dos bandos, distribuidos en unidades, dispararon y se defendieron en buen orden. Ni unos ni otros cedían ni se fatigaban, sino que los romanos, como César les vigilaba, rivalizaban entre sí de forma individual y en grupo, y cada uno de ellos creía que ese día sería el comienzo de su éxito, si luchaba con valentía. A los judíos, por su parte, les aguzaba su valor tanto el miedo que sentían por ellos mismos y el Templo como el tirano<sup>64</sup> que les vigilaba, que a unos les animaba y a otros les golpeaba y amenazaba. Durante la mayor parte del tiempo el combate se mantenía estacionario, sin embargo enseguida y de forma rápida la suerte cambiaba, puesto que ninguno de los dos bandos tenía espacio para huir o para atacar. En todo momento, de acuerdo con lo que allí ocurría, salían clamores diversos desde la torre Antonia: los romanos, cuando vencían los suyos, les gritaban que tuvieran coraje, mientras que les pedían que resistieran, cuando retrocedían. El espectáculo era como ver una guerra en

---

<sup>64</sup> Juan de Giscala.

un teatro<sup>65</sup>, pues nada de lo que ocurría en el combate les pasaba desapercibido a Tito ni a ninguno de los que estaban  
147 con él. Finalmente, tras haber empezado a la hora nona de la noche, se separaron después de la quinta del día<sup>66</sup> en el mismo lugar en el que habían iniciado la refriega, sin que uno ni otro hubiera hecho retroceder claramente al adversario, sino que dejaron la victoria indecisa en medio de ellos.  
148 Muchos romanos pelearon con distinción; entre los judíos destacaron Judas, el hijo de Mareoto, y Simón, el hijo de Oseas, del bando de Simón; entre los idumeos, Jacobo y Simón, éste era hijo de Acatela<sup>67</sup>, mientras que Jacobo lo era de Sosas; de los hombres de Juan, Gefteo y Alexas; y de los Zelotes, Simón, el hijo de Ari.

149 Entretanto el resto del ejército romano había demolido en siete días los cimientos de la Antonia, de modo que así  
150 había abierto un ancho acceso al Templo. Las legiones se acercaron al primer recinto y empezaron a levantar los terraplenes, uno enfrente del ángulo noroeste interior del Templo, otro hacia la exedra norte<sup>68</sup>, que estaba entre las  
151 dos puertas. También construyeron otros dos, uno hacia el pórtico occidental del Templo exterior y el otro, por fuera, frente al pórtico norte. Los romanos llevaron adelante estas obras con muchos esfuerzos y problemas, porque traían la madera desde una distancia de cien estadios<sup>69</sup>.

---

<sup>65</sup> Como ha ocurrido, entre otros, en el caso de los falsos juicios contra Fani y Zacarías (cf. IV 156, 336), nuestro autor se sirve del símil de una representación teatral.

<sup>66</sup> Las once de la mañana.

<sup>67</sup> Es el mismo personaje que en IV 271 y en V 249 aparece con la variante Caata.

<sup>68</sup> Cf. V 203.

<sup>69</sup> En VI 5 se ha dicho que los romanos habían talado los árboles en un espacio de 90 estadios alrededor de la ciudad.

*Ofensiva  
judía*

En varias ocasiones los romanos su- 152  
frieron emboscadas, ya que debido a la su-  
perioridad de su fuerza se hallaban menos  
precavidos, mientras que tenían como ene-  
migos a judíos que habían aumentado su  
audacia por la falta de esperanzas en salvarse. Algunos de los 153  
soldados de caballería, siempre que salían a recoger madera  
o forraje, soltaban y quitaban las bridas durante este tiempo  
a los caballos para que pastaran. Los judíos aparecían en-  
tonces en tropel y les arrebatában los animales. Al suceder 154  
esto con frecuencia, César pensó, lo que realmente así era, que  
tales pillajes se debían a la despreocupación de sus hombres  
más que a la valentía de los judíos, y decidió tomar medidas  
más duras para que los demás pusieran más cuidado en la  
vigilancia de sus caballos. Ordenó someter a pena de muerte 155  
a uno de los soldados que había perdido su animal y con  
este amedrentamiento salvó los caballos de los otros. En  
efecto, ya nunca más los dejaban pastar, sino que los lleva-  
ban a hacer sus tareas, como si estuvieran unidos a ellos por  
naturaleza. A pesar de todo esto, los romanos seguían sus 156  
ataques contra el Templo y levantaban los terraplenes.

Al día siguiente de la entrada de las legiones muchos de 157  
los rebeldes, que ya no podían rapiñar nada y a los que el  
hambre acuciaba, se reunieron y atacaron a los centinelas  
romanos del monte de los Olivos<sup>70</sup> alrededor de la undéci-  
ma hora del día<sup>71</sup>. Pensaban que podrían abrirse paso fácil-  
mente, primero porque los encontrarían desprevenidos y,  
segundo, porque estarían descansando. Sin embargo, los 158  
romanos presintieron su llegada, se agruparon enseguida des-

<sup>70</sup> En este lugar se hallaba el campamento de la décima legión; cf. V  
70 y 135.

<sup>71</sup> Sobre las cinco de la tarde.





po con gangrena, antes de que se extendiera la enfermedad. Quemaron el pórtico del lado noroeste, por la parte que se comunicaba con la Antonia, y luego demolieron en él una extensión de veinte codos, de modo que así empezaron a incendiar con sus propias manos el santuario<sup>72</sup>. Dos días después, el día veinticuatro del mes antes mencionado<sup>73</sup>, los romanos prendieron fuego por debajo al pórtico contiguo a éste. Después de que la llama se extendió hasta unos quince codos, los judíos a su vez derribaron su techumbre y, sin abandonar en ningún momento estas tareas, cortaron su conexión con la torre Antonia<sup>74</sup>. Por ello, aunque les era posible impedir que los romanos quemaran los pórticos, ellos no hicieron nada ante la propagación de las llamas, sino que calcularon el beneficio que les podía acarrear la extensión del fuego. Por otra parte, no cesaban las escaramuzas en torno al Templo, sino que la guerra se desarrollaba sin cesar entre pequeños grupos que salían a enfrentarse unos contra otros.

En aquellos días un judío, un hombre

*Jonatán*  
*y Pudente* de baja estatura, de aspecto miserable, sin ninguna distinción ni por su origen ni por ninguna otra cualidad, llamado Jonatán, se acercó a la tumba del sumo sacerdote Juan<sup>75</sup>, lleno de soberbia profirió contra los romanos numerosos insultos y de-

<sup>72</sup> Josefo quiere dejar claro que los causantes de la destrucción de la ciudad y del Templo fueron los propios judíos, en concreto ese pequeño grupo de «rebeldes». Así se cumplían las profecías que anunciaban que «manos de la propia patria» profanarían el Lugar Santo (cf. IV 388). Precisamente uno de los temas recurrentes de esta obra es que los romanos no infligieron contra los judíos males peores que los que estos últimos se hicieron a sí mismos.

<sup>73</sup> El 24 del mes de Panemo, es decir, a principios de agosto.

<sup>74</sup> Cf. V 243.

<sup>75</sup> Sobre este monumento véase V 259.

170 safió al mejor de ellos a batirse cara a cara con él. La mayoría de los soldados que estaban alineados enfrente no le prestó atención. Había algunos que, lógicamente, tenían miedo, mientras que de otros se apoderó la idea razonable  
171 de no pelear con un hombre que quería morir. Pues los que han perdido toda esperanza de salvación tienen un ardor excesivo y no respetan ni a Dios<sup>76</sup>. Además, no es propio de un valiente, sino de un temerario, enfrentarse a gente de quien no se deriva una importante victoria y por quien resulta peligroso y vergonzoso ser derrotado. Durante un largo espacio de tiempo ningún romano salió contra él y una y otra vez el judío les tachó de cobardes, ya que era un individuo muy fanfarrón y soberbio. Uno de los romanos, llamado Pudente, del ala de caballería, harto de sus insultos y de su  
172 insolencia, y quizá también irreflexivamente enardecido por su baja estatura, se lanzó contra él. Estuvo airoso en la refriega, pero fue traicionado por la Fortuna, pues se resbaló<sup>77</sup>  
174 y Jonatán se precipitó sobre él y lo mató. Luego se subió encima del cadáver y agitó la espada llena de sangre con la mano derecha y el escudo con la izquierda. Profería numerosos gritos de guerra contra el ejército, se mofaba del caído  
175 y se reía de los romanos que le observaban. Hasta que al final un centurión, Prisco, disparó su arco y le atrevesó con una flecha, mientras bailaba y decía necedades. Ante este  
176 hecho se produjo a la vez, aunque por razones distintas, un griterío entre judíos y romanos. Jonatán retorciéndose por el dolor se desplomó sobre el cuerpo de su enemigo y así de-

---

<sup>76</sup> El sentido de esta frase es bastante confuso, habida cuenta además de los problemas textuales del pasaje.

<sup>77</sup> Como bien señala RICCIOTTI en su comentario, resulta llamativo el hecho de que los héroes romanos acaben su vida resbalando o cayéndose fortuitamente en esta guerra. Tal es el caso de Sabino (VI 64), de Juliano (VI 85) o éste de Pudente.

mostró que en la guerra la venganza rápidamente se apodera del que ha obtenido un éxito innmerecido.

*Estratagema  
judía*

Los rebeldes del Templo, que no pa- 177  
raban de repeler abiertamente todos los  
días a los soldados de los terraplenes, el  
veintisiete del mes antes mencionado <sup>78</sup>

prepararon la siguiente estratagema. En el 178  
pórtico oeste llenaron con leña seca, betún y pez el espacio  
comprendido entre las vigas y el artesonado que está debajo  
de ellas, y luego se retiraron como si estuvieran muy cansa-  
dos. Ante ello muchos soldados de forma irreflexiva, em- 179  
pujados por su arrojo, persiguieron a los que se retiraban y  
saltaron sobre el pórtico, tras tender sus escaleras. En cam-  
bio, los más prudentes, que sospechaban de la inexplicada  
huida de los judíos, permanecieron quietos. El pórtico esta- 180  
ba, entonces, lleno de los romanos que habían subido, y en  
ese momento los judíos le prendieron fuego por todas par-  
tes. De repente las llamas se propagaron por uno y otro la-  
do; un tremendo espanto se adueñó de los romanos que es-  
taban fuera de peligro y una desesperación hizo mella en los  
que se hallaban presos en él. Rodeados por el fuego, unos se 181  
tiraron cuesta abajo hacia la ciudad <sup>79</sup> y otros contra los  
enemigos. Muchos, esperanzados con salvarse, saltaron ha-  
cia donde estaban los suyos y se rompieron sus miembros.  
Sin embargo, el fuego se dio más prisa que los intentos de la  
mayoría de ellos y algunos se suicidaron con sus armas an-  
tes de que les alcanzaran las llamas. Enseguida el fuego se 182  
extendió por la mayor parte de la zona y rodeó también a

<sup>78</sup> Panemo, el día 15 de agosto del año 70.

<sup>79</sup> En esta parte de la ciudad se encontraba el barranco del Tiropeon; cf. V 140.

aquellos que se hallaban expuestos a otro tipo de muerte. César, aunque estaba irritado con los que morían, pues habían subido al pórtico sin que él se lo ordenara, sin embargo  
 183 se apiadó de estos hombres. Como nadie les podía ayudar, al menos los que perecían se consolaban con ver el sufrimiento de aquel por quien entregaban su alma. Pues se le veía claramente gritar, saltar de un lado para otro y pedir a los que estaban con él que ayudaran en todo lo que pudieran  
 184 a aquellos soldados. Todos morían con buen ánimo y se llevaban con ellos las palabras y la actitud de Tito, como si  
 185 éstas fueran un glorioso entierro. Algunos huyeron hacia el muro del pórtico, que era ancho, y así se libraron del fuego. Fueron entonces rodeados por los judíos, resistieron durante bastante tiempo, a pesar de las muchas heridas que recibieron, y al final todos cayeron.

186 El heroísmo  
     *de Longo*  
     *y Antonio.*  
     *Incendio*  
     *del pórtico*  
 187      *norte*

El último de ellos fue un joven, de nombre Longo, que dio gloria a todo este desastre y demostró ser el mejor de todos y cada uno de los que murieron dignos de ser recordados. Los judíos, admirados de su valentía, como no podían matarle de otra forma, le invitaron a bajar con ellos con la promesa de llegar a un acuerdo. Su hermano Cornelio, por la otra parte, le aconsejaba que no deshonrara a su propia gloria y al ejército romano. Se dejó convencer por él y ante la mirada de los dos  
 188 bandos blandió y se clavó su propia espada. Uno de los que habían quedado rodeados por el fuego, un tal Artorio, se salvó con una astucia. Llamó en voz alta a Lucio, uno de los soldados que compartía con él la tienda, y le dijo: «Te dejo a ti como heredero de mis bienes, si me coges, cuando me  
 189 tire». El camarada corrió con presteza a hacerlo y Artorio, al caer encima de él, se salvó, mientras que Lucio murió ins-

tantáneamente al recibir el golpe y ser aplastado por el peso  
 contra el pétreo pavimento<sup>80</sup>. De momento esta calamidad 190  
 produjo desaliento entre los romanos, aunque les fue útil pa-  
 ra luego no volver a hacer nada sin que se lo ordenaran y  
 estar más precavidos ante los engaños judíos, dado que con  
 estas tretas en muchas ocasiones se veían perjudicados por  
 la ignorancia de los lugares y de las costumbres de esta  
 gente. Ardió el pórtico<sup>81</sup> hasta la torre, que Juan había le- 191  
 vantado<sup>82</sup> en su lucha contra Simón por encima de las  
 puertas que llevaban al Xisto<sup>83</sup>. El resto lo demolieron los  
 judíos después de la matanza de los que a él subieron. Al 192  
 día siguiente los romanos incendiaron también todo el pórti-  
 co norte hasta el pórtico del este, que se unían ambos en án-  
 gulo sobre el llamado barranco Cedrón, cuya profundidad  
 en este lugar era terrible. Esto es lo que ocurría entonces en  
 torno al Templo.

*El hambre  
 se adueña de  
 los sitiados.  
 Casos de  
 antropofagia*

Cayó un gran número de los que en la 193  
 ciudad estaban siendo víctimas del hambre;  
 las desgracias que pasaron son indescrip-  
 tibles. En efecto, en cada casa, si aparecía 194  
 aunque fuera una sombra de comida, sur-  
 gía una lucha y los que tanto se querían llegaban a las ma-  
 nos y se quitaban unos a otros las míseras provisiones que  
 tenían para vivir. Ni siquiera se fiaban de que los muertos 195  
 no tuvieran ningún alimento, sino que los bandidos registra-  
 ban incluso a los que estaban falleciendo, por si alguno fin-  
 gía que se moría, mientras se guardaba algo de comida entre  
 los pliegos de su ropa. Estos individuos, con la boca abierta 196

<sup>80</sup> El pavimento de piedra del atrio exterior del Templo, cf. V 85.

<sup>81</sup> El pórtico oeste.

<sup>82</sup> Una de las cuatro torres que levantó Juan de Giscala; cf. IV 581.

<sup>83</sup> Cf. nota a IV 581.

por el hambre, igual que perros rabiosos, iban dando tumbos de un sitio para otro. Cuando pasaban por delante, se daban contra las puertas, como borrachos, y, al no poder hacer otra cosa, entraban dos o tres veces en las mismas casas en una hora<sup>84</sup>. La necesidad les hacía llevar de todo a sus dientes; recogían y se conformaban con comer lo que ni siquiera se daba a los más inmundos y mostrencos animales. Al final no se abstuvieron ni de cinturones ni de sandalias, sino que arrancaron la piel de sus escudos y la masticaron. Algunos también llegaron a comer pequeñas porciones de heno viejo y ciertos individuos vendían una mínima cantidad de estas migajas por cuatro dracmas áticos<sup>85</sup>. ¿Qué necesidad hay de hablar de la desvergüenza del hambre que lleva a comer productos no comestibles? Pues voy a exponer un hecho como nunca se ha visto entre los griegos ni entre los bárbaros<sup>86</sup>, algo que es terrible de contar e increíble de oír<sup>87</sup>. Yo, por mi parte, para no parecer ante la posteridad que me invento historias, con gusto omitiría contar esta desgracia, si no tuviera innumerables testigos entre la gente de mi propia época<sup>88</sup>. Además, haría un flaco favor a mi patria, si renunciara a relatar las desgracias que padeció.

---

<sup>84</sup> En esta descripción de los efectos del hambre Josefo parece tomar el modelo del *Salmo* 59, 14-15.

<sup>85</sup> Sobre el valor del dracma ático, véase nota a V 550.

<sup>86</sup> Esta dicotomía entre griegos y bárbaros puesta en boca de un judío que era ciudadano romano, ha sido comentada ya en nota a V 17.

<sup>87</sup> Josefo podría haber recordado la historia narrada en *II Reyes* 6, 25-28, cuando durante la toma de Samaria por parte del rey de Aram, Ben Hadad, en el 845 a. C., una madre devoró a su propio hijo. *Lamentaciones* 4, 10 se hace eco de algunas mujeres que llegaron a devorar a sus hijos, cuando Nabucodonosor sitió la ciudad en el 587 a. C.

<sup>88</sup> Josefo ha podido ser testigo directo de estos acontecimientos concretos (cf. nota a VI 55), si bien gran parte de ellos pueden proceder de relatos de transfugas romanos o de testimonios orales judíos. Sobre el

Una mujer de las que habitaban al otro lado del Jordán, 201 llamada María, hija de Eleazar, de la aldea de Betezuba, nombre que significa «Casa del Hisopo»<sup>89</sup>, ilustre por nacimiento y por sus riquezas, se refugió en Jerusalén con el resto de la población y allí sufrió el asedio. Los tiranos quitaron a 202 esta mujer los bienes que ella había traído desde la Perea y había introducido en la ciudad, y los esbirros de aquéllos, en sus incursiones diarias, le arrebataron el resto de los objetos preciados que le quedaban y algo de alimento que se había procurado. Una tremenda indignación se apoderó de la po- 203 bre mujer, y con insultos y maldiciones provocaba muchas veces contra sí misma a los ladrones. Pero como ninguno de 204 ellos ni por cólera ni por piedad la mataba, y ella estaba cansada de buscar algo de comer para los demás y era imposible hallarlo ya en ningún sitio, y como el hambre se iba adueñando de sus vísceras y de su médula y su furor ardía más que el hambre, entonces tomó por consejera a la ira, además de a la necesidad, y cometió un acto contrario a la naturaleza. Cogió a su hijo, que aún era un niño de pecho, y 205 dijo: «Desgraciada criatura, ¿para qué te mantengo vivo en medio de la guerra, del hambre y de la sedición? Si vivimos 206 para entonces, los romanos nos esclavizarán, pero el hambre llega antes que la esclavitud y los rebeldes son peor que lo uno y lo otro. Vamos, sé tú mi alimento, un espíritu vengador<sup>90</sup> para los sediciosos y una leyenda para la humanidad, 207

---

problema de las fuentes de esta historia puede consultarse el apartado 4 de la Introducción.

<sup>89</sup> Este lugar aún no ha sido identificado.

<sup>90</sup> Literalmente Erinia, personificación divina de la venganza. Esta mención da al relato de la antropofagia que tuvo lugar en el asedio de Jerusalén un tono trágico, que con seguridad ha tomado como modelo a algunos autores griegos; cf. la narración de las calamidades de la familia de Herodes (I 431 ss.) y el apartado 6 de la Introducción.



208 la única que faltaba entre las desgracias judías»<sup>91</sup>. Mientras  
decía esto mató a su hijo, luego lo asó, se comió la mitad y  
209 el resto lo guardó escondido. Enseguida los rebeldes se pre-  
sentaron ante ella y, al percibir el abominable olor de la car-  
ne, la amenazaron con degollarla inmediatamente, si no les  
daba la comida que había preparado. Entonces ella dijo que  
les había guardado una parte y descubrió lo que quedaba de  
210 su hijo. Al punto se llenaron de espanto y estupor, y al verlo  
se quedaron atónitos. La mujer añadió: «Éste es mi hijo y  
211 ésta es mi obra, comedlo, pues yo también lo he comido. No  
seáis más blandos que una mujer ni más clementes que una  
madre. Si tenéis escrúpulos religiosos y no queréis mi víc-  
tima, dejad que yo, que ya he comido vuestra parte, acabe  
212 también con el resto». A continuación los sediciosos se  
marcharon temblando (ésta fue la única ocasión en que fue-  
ron cobardes) y dejaron, no sin pesar, este alimento a la ma-  
dre. Rápidamente por la ciudad entera se extendió la noticia  
del crimen. Todos se estremecían al poner delante de sus  
ojos esta atrocidad, como si ellos mismos se hubieran atre-  
213 vido a cometerla. Los hambrientos se apresuraban a morir y  
consideraban felices a aquellos que habían perecido antes de  
oír o ver desgracias tan grandes.

214 *Reacción de Tito y sus soldados ante estas atrocidades* En poco tiempo los romanos se ente-  
raron también de aquella matanza. Unos  
no se la creían, otros se compadecían de  
ella y la mayoría se llenó de un odio ma-  
215 yor contra nuestra nación. César se de-  
fendió también de estos hechos ante Dios, pues decía que él  
por su parte había ofrecido a los judíos la paz, una autono-  
mía y una amnistía de todos los delitos que habían cometi-

<sup>91</sup> Cf. nota a VI 190.

do. Sin embargo, ellos habían preferido la sedición a la con- 216  
cordia, la guerra a la paz, el hambre en lugar de la abundan-  
cia y la prosperidad, y con sus propias manos habían empe-  
zado a prender fuego al Templo, que los romanos les habían  
respetado<sup>92</sup>. Por ello los judíos merecen este tipo de ali-  
mento. En consecuencia, Tito borrará el crimen de devorar 217  
niños con la destrucción de la patria donde este hecho ha te-  
nido lugar y no dejará que en el mundo habitado vea el sol  
una ciudad en la que las madres se alimentan de esta forma.  
Sin embargo, esta comida convenía más a los padres que a 218  
las madres, pues aquéllos se mantienen en la lucha después  
de tamañas desgracias. Mientras decía estas palabras pensa- 219  
ba también en la desesperación de los judíos, ya que los que  
habían sufrido todas las desdichas no podrían recobrar ya la  
razón, cuando era natural que hubieran cambiado de actitud  
para no padecerlas.

*Fracaso del  
ataque romano  
al muro  
del Templo*

Tras concluir ya las dos legiones los 220  
terraplenes<sup>93</sup>, el día ocho del mes de Loos<sup>94</sup>,  
Tito ordenó llevar los arietes contra la  
exedra oeste<sup>95</sup> del Templo exterior. Con 221  
anterioridad la más potente de todas las  
helépolis<sup>96</sup> había golpeado durante seis días sin parar el mu-  
ro, sin conseguir nada, pues la magnitud y el ajuste de las  
piedras soportaban la fuerza de ésta y de las otras máquinas

<sup>92</sup> Cf. nota a VI 165.

<sup>93</sup> Cf. VI 150.

<sup>94</sup> Mes del calendario macedónico, que equivale al Ab hebreo. El 8 de Loos corresponde al 27 de agosto del año 70, según el cálculo de la edición de Niese.

<sup>95</sup> Cf. V 203.

<sup>96</sup> Sobre esta máquina véase nota a V 275.

228                      Tito, al ver que su respeto por un  
                          *Tito ordena*            Templo extranjero producía daños y muer-  
                          *prender fuego*       te para sus soldados, ordenó prender fue-  
                          *a las puertas*           go a las puertas. Entonces acudieron ante  
 229                      él los desertores Anano<sup>98</sup>, el de Emaús, el más criminal  
                          de los guardias de Simón, y Arquelao, el hijo de Maga-

<sup>98</sup> El más cruel de los esbirros de Simón, según reza en V 531.

dato<sup>99</sup>, con la esperanza de obtener su perdón, puesto que habían hecho defección cuando los judíos aún eran vencedores. Tito acusó a estos hombres de urdir una estratagema<sup>230</sup> y, enterado de todas las demás crueldades que habían cometido contra sus compatriotas, se dispuso a ejecutar a los dos. Dijo que ellos se entregaban forzados por la necesidad, no por elección propia, y que no merecían salvarse los que abandonaban su patria, cuando ésta ya estaba en llamas por su culpa. Sin embargo, la promesa que les había hecho prevaleció sobre su indignación y dejó libre a estos individuos, aunque no tuvo con ellos las mismas consideraciones que con los demás. Los soldados habían acercado el fuego ya<sup>232</sup> hasta las puertas<sup>100</sup>. La plata<sup>101</sup>, al derretirse, rápidamente llevó la llama hasta la madera, desde donde se extendió en masa y alcanzó a los pórticos. Cuando los judíos se vieron<sup>233</sup> rodeados por el fuego, sus ánimos junto con sus cuerpos se vinieron abajo. Se quedaron tan abatidos que ninguno se dispuso a defenderse ni a apagarlo, sino que lo contemplaron pasmados. No obstante, desmoralizados por lo que se<sup>234</sup> destruía no se preocuparon por lo que aún les quedaba, sino que, como si el Templo fuera ya pasto de las llamas, agudizaron su furor contra los romanos. Aquel día y la noche siguiente el fuego se hizo dueño de la situación, pues los romanos no pudieron incendiar todos los pórticos a la vez, sino por partes.

<sup>99</sup> Seguramente sea el mismo personaje citado en V 531 como Bagadato, si bien allí es el padre de Anano y aquí de Arquelao.

<sup>100</sup> Las que separaban el atrio exterior del interior; cf. V 198, 201 ss.

<sup>101</sup> Nueve de las diez puertas estaban recubiertas de plata y oro; cf. V 201-205.

- 236 Al día siguiente<sup>102</sup> Tito ordenó a un  
*Consejo de guerra romano* destacamento del ejército apagar el fuego  
 y dejar el camino expedito en las puertas  
 para que sus legiones pudieran subir con  
 más facilidad. Él mismo, mientras, con-  
 237 vocó a sus oficiales. Se reunieron seis de los que ocupaban  
 los puestos más elevados, Tiberio Alejandro<sup>103</sup>, prefecto de  
 todos los campamentos<sup>104</sup>, Sexto Cereal, comandante de la  
 quinta legión, Larcio Lépidio, comandante de la décima, y  
 238 Tito Frigio, comandante de la decimoquinta legión. Ade-  
 más estaban Frontón Heterio<sup>105</sup>, prefecto de las dos legiones  
 de Alejandría<sup>106</sup>, y Marco Antonio Juliano<sup>107</sup>, procurador de  
 Judea; detrás de ellos vinieron también a la reunión los pro-  
 curadores y tribunos. Entonces Tito les pidió su opinión so-  
 239 bre la situación del Templo. Unos opinaban que había que

<sup>102</sup> El 9 de Loos, es decir, el 28 de agosto.

<sup>103</sup> Sobre este importante personaje judío, que obtuvo la ciudadanía romana, véase la nota a V 45.

<sup>104</sup> El *Praefectus castrorum* era un mando especial encargado del campamento cuando el ejército se establecía en un lugar fijo (cf. VEGECIO II 10). Sin embargo, este prefecto podía reemplazar al legado de la legión, en caso de ausencia, y, en Egipto, como ocurre aquí con Tiberio Alejandro, detentaba el poder supremo del ejército de la provincia, debido a que en Egipto estaban excluidos los personajes de orden senatorial y las legiones no tenían otro jefe que un prefecto.

<sup>105</sup> Otros manuscritos dan la lectura Haterio y Heternio; cf. la edición de NIESE.

<sup>106</sup> No se trata propiamente de dos legiones, sino de los dos destacamentos que Tito sacó de Alejandría cuando se hizo cargo de la guerra judía; cf. V 44.

<sup>107</sup> Probablemente se trata de ANTONIO JULIANO, autor que escribió una obra sobre la guerra de Vespasiano contra los judíos (cf. MINUCIO FÉLIX, *Octavio* XXXIII 4) y que ha sido considerado como una de las fuentes perdidas de Josefo y de Plinio; cf. W. WEBER, *Josephus und Vespasian: Untersuchungen zu dem jüdischen Krieg des Flavius Josephus*, Berlín, 1921, pág. 89.

hacer uso de la ley de la guerra, ya que los judíos no dejarían de sublevarse mientras se mantuviera el Templo, lugar donde venían a reunirse desde todos los lugares<sup>108</sup>. Otros aconsejaban conservar el santuario, si los judíos lo abandonaban y nadie resistía en él con sus armas, mientras que, si subían allí a combatir, habría entonces que prenderle fuego. Pues, efectivamente, en este caso ya no sería un Templo, sino una fortaleza, y la impiedad no sería de los romanos, sino de los judíos por obligarles a realizar esta acción. Pero Tito dijo que, aunque los judíos subieran al Templo para combatir, él no tomaría venganza de esta gente en objetos inanimados ni prendería fuego a una obra tan maravillosa, dado que ello iría en perjuicio de los romanos y de la misma forma el Templo, si permanecía en pie, sería ornamento de su Imperio<sup>109</sup>. Frontón, Alejandro y Cereal se animaron con estas palabras y apoyaron su decisión. Tito disolvió entonces la reunión, ordenó a los oficiales que dejaran descansar al resto de sus tropas, para que en la batalla tuvieran más fuerza, mientras que encomendó a los soldados escogidos de las cohortes abrir un camino a través de los escombros y apagar el fuego.

<sup>108</sup> Como hemos comentado en nota a IV 136, Jerusalén, donde se ubica el Templo, es la «ciudad de todos los judíos, los de Palestina y los de la Diáspora», el lugar del culto nacional y la metrópoli de la patria común.

<sup>109</sup> Josefo quiere dejar a Tito libre de toda responsabilidad en la destrucción del Templo, aunque para ello tenga que manipular el relato de los acontecimientos. El historiador cristiano del siglo IV SÚLPICIO SEVERO, *Crónica* II 30, 6-7, y OROSIO, *Historias* VII 9, 5-6, atribuyen la destrucción del Templo a una decisión personal de Tito para así librarse a la vez de los judíos y de los cristianos. Una discusión sobre esta cuestión, con bibliografía al respecto, puede leerse en SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 647, y en I. WEILER, «Titus und Zerstörung des Tempels von Jerusalem. Absicht oder Zufall?», *Klio* 50 (1968), pág. 139 ss.

244 Durante aquel día la fatiga y el abati-  
 miento pusieron freno a los ímpetus judíos.  
*Los judíos* En la jornada siguiente<sup>110</sup>, tras reunir sus  
*fracasan* fuerzas y cobrar nuevos ánimos, en torno a  
*en su asalto* la segunda hora<sup>111</sup> atacaron por la puerta  
 245 este a los guardias que estaban en el Templo exterior<sup>112</sup>. Los  
 romanos resistieron con fuerza el ataque, se cubrieron con  
 sus escudos por delante, como un muro, y cerraron sus filas,  
 aunque era evidente que no podrían resistir por mucho  
 tiempo, ya que los asaltantes les superaban en número y en  
 246 furor. César quiso evitar la derrota en esta batalla, pues la  
 observaba desde la Antonia, y acudió en su defensa con ji-  
 netes escogidos. Los judíos no resistieron su embestida, sino  
 247 que la mayoría de ellos, ante la caída de las primeras líneas,  
 248 retrocedieron. Pero, cuando los romanos se daban la vuelta  
 en retirada, los judíos se volvían y les atacaban, y de nuevo  
 estos últimos huían cuando aquéllos otra vez les hostigaban.  
 Hasta que alrededor de la quinta hora del día<sup>113</sup> los hebreos,  
 vencidos, fueron encerrados en el Templo interior.

249 Tito se retiró a la Antonia con la deci-  
 sión de atacar con todo su ejército al día  
*El incendio* siguiente, al amanecer, y asaltar el santua-  
*del Templo.* rio por todos los lados. Hace tiempo que  
*Tito intenta* Dios lo había condenado al fuego y había  
 250 *apagarlo* llegado, en la sucesión de los siglos, el día fijado por el  
 Destino<sup>114</sup>, el diez del mes de Loos, fecha en la que también

<sup>110</sup> El día 10 de Loos, el 29 de agosto.

<sup>111</sup> Las ocho de la mañana.

<sup>112</sup> En los terraplenes que allí habían levantado las legiones romanas;  
 cf. VI 150-151.

<sup>113</sup> Las once de la mañana.

<sup>114</sup> Cf. nota a VI 108.

en otro tiempo había sido quemado por obra del rey babilonio<sup>115</sup>. Las llamas tuvieron su origen y su causa en los propios judíos<sup>116</sup>. Cuando Tito se replegó, los rebeldes descansaron un poco y atacaron de nuevo a los romanos. Se produjo un enfrentamiento entre los centinelas del Lugar Santo y los que estaban apagando el fuego del Templo interior, que repelieron a los judíos y los persiguieron hasta el santuario. Entonces uno de los soldados, sin esperar ninguna orden y sin miedo por la envergadura de la hazaña, impulsado por un cierto ímpetu divino, cogió un tizón encendido y, levantado en alto por uno de sus compañeros, lo arrojó por una ventana dorada, que por el lado norte permitía entrar a las estancias que había alrededor del Templo<sup>117</sup>. Cuando el fuego prendió, se alzó entre los judíos un grito acorde al desastre y corrieron en masa a apagarlo, sin preocuparse ya por su vida y sin escatimar fuerzas, dado que se estaba desmoronando el lugar que ellos antes habían custodiado.

<sup>115</sup> *Jeremías* 52, 12, sitúa la destrucción del Templo por Nabucodonosor en el 586 a. C., en el día 10 del mes quinto, Ab en el calendario hebreo, es decir, Loos en el macedónico seguido por Josefo. *II Reyes* 25, 8 fija la fecha del día 7 del mencionado mes. La tradición rabínica, por su parte, recuerda estas dos destrucciones del Templo, la del 586 a. C. y la del 70 d. C., como acontecimientos ocurridos el día 9 del mes de Ab. DIÓN CASIO, LXVI 7, 2 únicamente señala que la destrucción de Jerusalén tuvo lugar el «día de Crono», es decir, el sábado.

<sup>116</sup> La causa real y próxima no es obra de los judíos, sino de los romanos, ya que seguidamente se dirá que uno de los legionarios arrojó al interior del Templo un tizón ardiendo. Sin embargo nuestro autor ha querido exculpar a los romanos de toda su responsabilidad en esta catástrofe y a lo largo de su obra son varias las expresiones de este tipo que se esparcen con el mismo objetivo; cf. nota a VI 165 y el apartado 5 de la Introducción.

<sup>117</sup> Son las estancias del atrio interior señaladas en V 220.



254 Un cierto individuo fue corriendo a dar esta noticia a  
Tito. Éste, que se encontraba en la tienda descansando de la  
lucha, dio un salto y, según estaba, se apresuró a ir al san-  
255 tuario para detener el fuego. Detrás le seguían todos los gene-  
rales, acompañados por sus legiones en estado de excita-  
ción. Se produjo griterío y barullo al ponerse en movimiento,  
256 sin ningún orden, un ejército tan grande. César indicaba con  
su voz y con su mano derecha a los combatientes que apa-  
garan el fuego, pero ellos, con sus oídos aturridos por un  
ruido aún mayor, no oyeron sus palabras ni prestaron aten-  
ción a las señales de su mano, pues unos estaban distraídos  
257 por la lucha y otros por su propia cólera. Ni los consejos ni  
las amenazas frenaron el ímpetu de las legiones que se diri-  
gían hacia allí, sino que el furor era el que capitaneaba a to-  
dos. Muchos murieron, pisoteados entre sí, al apelotonarse  
en las entradas; otros muchos cayeron entre las ruinas de los  
pórticos, que aún estaban calientes y desprendían humo, y  
258 así sufrieron la misma suerte que los vencidos. Cuando los  
soldados estuvieron cerca del Templo, hacían como si ni si-  
quiera oyeran las órdenes de César y animaban a los que  
259 iban delante a arrojar el fuego al interior. Por su parte, los  
sediciosos ya no podían prestar ninguna ayuda, ya que la  
muerte y la defección se habían extendido por todos los lu-  
gares. Gente débil y sin armas, en su mayor parte del pue-  
blo, fue degollada allí donde se la encontraba. Una gran  
cantidad de cadáveres se amontonaba en torno al altar, por  
los banzos del Templo corría mucha sangre y los cuerpos de los  
muertos caían rodando desde arriba.

260 César, como fue incapaz de contener el empuje de sus  
soldados, que estaban llenos de entusiasmo, y el fuego se  
iba extendiendo, se dirigió con sus oficiales al interior, don-  
de contempló el *Sancta Sanctorum* del Templo y los objetos  
que en él había, que superaban en mucho la fama que sobre

ellos existía entre los extranjeros y no eran inferiores al orgullo y a la opinión que de ellos tenían los propios judíos<sup>118</sup>. Dado que las llamas no habían alcanzado aún al interior, sino que asolaban las estancias<sup>119</sup> que rodeaban el santuario, Tito pensó, lo que realmente era verdad, que aún podía salvarse esta obra y salió fuera. Él mismo intentó convencer a los soldados para que apagaran el fuego y ordenó a Liberatio, centurión de sus lanceros, obligar a golpes a los que desobedecieran. Sin embargo, su furor, su odio contra los judíos y un fierísimo ímpetu guerrero estuvieron por encima del respeto a César y del miedo a la persona que les castigaba. A muchos de los legionarios les movía la esperanza de obtener un botín, pues, al ver que los exteriores estaban hechos de oro<sup>120</sup>, tenían la idea de que el interior estaría lleno de riquezas. Uno de los que había accedido al interior, cuando César salió fuera para contener a los soldados, se apresuró a echar en la oscuridad<sup>121</sup> una tea ardiendo a los goznes de la puerta. Entonces la llama brilló inmediatamente en el interior. Los generales se retiraron junto con Tito y nadie impidió a los soldados de fuera continuar con el fuego. De esta forma, contra la voluntad de César, el Templo fue incendiado.

Se podría lamentar uno intensamente de la destrucción de la obra más admirable de todas las que se han visto y oído, por su estructura, por su grandeza, por la magnificencia de cada una de sus partes y por la fama de sus Lugares Santos, sin

<sup>118</sup> Tito es el único extranjero, después de Pompeyo (cf. I 152), que se ha atrevido a penetrar en lo más sagrado del Templo.

<sup>119</sup> Cf. VI 252.

<sup>120</sup> Realmente no es que el exterior estuviera hecho de oro, sino que, como se detalló en V 208 ss., la fachada estaba revestida de este material.

<sup>121</sup> El sentido de estas palabras es poco claro, máxime si se tienen en cuenta los problemas textuales de las mismas.

embargo se podría consolar aún más con la idea de que el Destino es inevitable tanto por los edificios y los lugares, como por los seres vivos. Hay que admirarse en esta circunstancia de la exactitud de coincidencia temporal. Como he dicho <sup>122</sup>, la destrucción se ha cumplido el mismo mes y día en que antes había sido incendiado el Templo por los babilonios. Desde su primera construcción, que llevó a cabo el rey Salomón, hasta la ruina de hoy, en el segundo año del principado de Vespasiano, han pasado mil ciento treinta años, siete meses y quince días. Y desde su reconstrucción posterior, hecha por Ageo <sup>123</sup> en el segundo año del reinado de Ciro, hasta la conquista de Vespasiano tenemos seiscientos treinta y nueve años y cuarenta y cinco días <sup>124</sup>.

271

*Las calamidades  
del incendio  
del Templo y sus  
alrededores*

Mientras ardía el Templo, tuvo lugar por parte de los romanos el saqueo de todo lo que se encontraban y una incontable matanza de todo aquel con quien se topaban, pues no hubo compasión por la edad ni respeto por la dignidad, sino que fueron degollados, sin

<sup>122</sup> Cf. VI 250.

<sup>123</sup> Este profeta, junto con Zacarías, es uno de los que impulsó la reconstrucción del Templo de Jerusalén después del destierro de Babilonia; cf. *Esdra* 5, 1.

<sup>124</sup> El sistema cronológico seguido en este punto no coincide con el de otras tradiciones, como la recogida por el propio Josefo en VI 440-441 y *Antigüedades* X 147. En estos últimos pasajes se establecen mil ciento setenta y nueve años desde el Templo de Salomón hasta la catástrofe actual, algo diferente de los mil ciento treinta referidos ahora. Desde el «segundo año del reinado de Ciro», el 537 a. C., hasta la destrucción del 70 d. C. han pasado seiscientos siete años, no los seiscientos treinta y nueve fijados aquí. En cualquier caso, nuestro autor sigue varios sistemas de calendario, incluso mezclados, como ocurre en este pasaje en el que se dan fechas de cronología judía ajustadas al cómputo romano.

distinción, niños, ancianos, laicos y sacerdotes. La guerra arrastraba a todo tipo de gente, tanto a los que suplicaban como a los que luchaban. Las llamas, que se extendían con intensidad, producían un fragor que se unía con los gemidos de los que caían. Debido a la altura de la colina y a la magnitud de la construcción que ardía, uno podría pensar que era toda la ciudad la que era pasto del fuego. Nadie podría imaginar nada más grande ni más terrible que el clamor de entonces. Se trataba del grito de guerra de las legiones romanas en su avance, de los lamentos de los rebeldes rodeados por el fuego y por las armas, de la huida del pueblo, que acorralado arriba se lanzaba lleno de espanto contra los enemigos<sup>125</sup>, y de los alaridos ante sus propias desdichas. A los gritos de los que se hallaban en la colina se les unía el de la población de una y otra parte de la ciudad. Muchos debilitados y enmudecidos por el hambre, cuando vieron el fuego del Templo, tuvieron de nuevo fuerza para gemir y lamentarse. La Perea y las montañas de los alrededores producían un eco que hacía aún más intenso el griterío<sup>126</sup>. Sin embargo, los sufrimientos eran más espantosos que el barullo. Se podría haber pensado que la colina del Templo hervía desde sus raíces, pues el fuego la cubría por todas partes, y que la sangre era aún más abundante que las llamas y los muertos más que sus ejecutores. Pues en ningún sitio se veía tierra sin cadáveres, sino que los soldados pasaban por encima de montones de muertos en su persecución de los fugitivos. La multitud de los bandidos rechazó a los romanos y a duras penas pudo abrirse paso hasta el Templo exterior y de allí a

<sup>125</sup> El pueblo, que, a juicio de Josefo, no tiene nada que ver con los rebeldes, es el que más está sufriendo las consecuencias del conflicto bélico; cf. el apartado 5 de la Introducción.

<sup>126</sup> Los términos de esta frase son exagerados, pues Perea, situada en la Transjordania, no podía producir eco en Jerusalén.

la ciudad, mientras que el resto del pueblo huyó al pórtico exterior. Al principio algunos de los sacerdotes arrancaron y tiraron contra los romanos las picas del Templo<sup>127</sup> y sus bases, que estaban hechas de plomo. Luego, como no consiguieron nada y el fuego venía sobre ellos, se retiraron al muro, de ocho codos de ancho, y permanecieron allí. Dos de los individuos más eminentes entre ellos, que tenían la posibilidad de salvarse, si se entregaban a los romanos, o de esperar la misma suerte que los demás, se arrojaron a las llamas y murieron quemados junto con el Templo, Meiro, hijo de Belgas, y José, hijo de Daleo.

Los romanos, al ver que era inútil salvar los edificios del entorno del Templo, cuando éste estaba ardiendo, los quemaron todos, así como las ruinas de los pórticos y las puertas, salvo dos, la del este y la del sur, que luego también destruyeron. Prendieron fuego asimismo a las cámaras del tesoro, en las que había una inmensa cantidad de riquezas, numerosas vestimentas y otros objetos preciosos, por decirlo en una palabra, todos los bienes de los judíos estaban guardados allí, ya que a este lugar habían llevado los ricos las fortunas de sus casas<sup>128</sup>. Los soldados llegaron al pórtico que quedaba del Templo exterior. En él se habían refugiado mujeres, niños y una masa de seis mil personas de todo tipo de gente del pueblo. Antes de que César tomase alguna decisión sobre ellos o diese alguna orden a sus oficiales al respecto, los soldados, arrastrados por su furor, hicieron arder el pórtico por debajo. De esta forma sucedió que perecieron tanto los judíos que se arrojaron para librarse de las llamas, como los que ardieron en ellas. No se salvó ninguno de

---

<sup>127</sup> Las picas que había sobre el tejado para impedir que se posaran los pájaros; cf. V 224.

<sup>128</sup> Sobre la ubicación de estas estancias y su contenido véase nota a V 200.

ellos. El culpable de su destrucción fue un falso profeta que 285  
 aquel día había proclamado públicamente a la gente de la  
 ciudad que Dios les mandaba subir al Templo para recibir  
 allí las señales de su salvación. En aquel momento muchos 286  
 profetas habían sido sobornados por parte de los tiranos para  
 que instaran al pueblo a esperar la ayuda de Dios, pues así  
 serían menos las deserciones y aumentarían las esperanzas  
 de individuos que habían superado ya el miedo y las pre-  
 cauciones<sup>129</sup>. Porque, en efecto, un hombre enseguida se 287  
 deja convencer en las adversidades. Cuando un falso profeta  
 le promete el final de sus desdichas, entonces el que las su-  
 fre se entrega todo él a la esperanza<sup>130</sup>.

*Presagios y  
 oráculos sobre  
 la catástrofe de  
 Jerusalén*

En aquel entonces engañaron al pue- 288  
 blo personajes embusteros y que falsamen-  
 te decían hablar en nombre de Dios. No  
 prestaron atención ni creyeron en las se-  
 ñales evidentes que anunciaban la futura  
 destrucción<sup>131</sup>, sino que no entendían las advertencias de  
 Dios, como si hubiera caído un rayo sobre ellos y carecieran  
 de ojos y de espíritu. Fue entonces cuando sobre la ciudad 289  
 apareció un astro, muy parecido a una espada, y un cometa  
 que permaneció allí durante un año. Esto también había te- 290

<sup>129</sup> La esperanza en la venganza que tomará Dios contra las potencias hostiles al pueblo judío es un tópico de las profecías mesiánicas, tanto del *Antiguo Testamento* como de los apócrifos: así por ejemplo, en los *Oráculos Sibílinos* III 622; *Salmos de Salomón* XVII 27; *IV Esdras* 12, 32-33 y 13, 27-28; *I Henoc* 46, 4-6 y 52, 4-9.

<sup>130</sup> Acerca del destacado papel de pseudo-profeta en la obra de Josefo y en toda la literatura greco-judía del período intertestamentario, en el contexto histórico del auge de la esperanza mesiánica, es interesante el trabajo de J. REILING, «The use of pseudoprophets in the LXX, Philo and Josephus», *New Testament* 13 (1971), 147-156.

<sup>131</sup> TÁCITO, *Historias* V 13, enumera estos prodigios divinos.

nido lugar antes de la revuelta y de que se iniciaran las actividades bélicas, cuando, reunido el pueblo para la fiesta de los Ácimos, el día ocho del mes de Jántico<sup>132</sup>, en la hora nona de la noche<sup>133</sup> brilló durante media hora una luz en el altar y en el Templo con tanta intensidad que parecía un día  
 291 claro. Para los no entendidos esto era una buena señal, mientras que los escribas sagrados<sup>134</sup> lo interpretaron de acuerdo con los acontecimientos inmediatamente posteriores.  
 292 Por otra parte, en la misma fiesta, una vaca, que era llevada al sacrificio, parió un cordero en medio del Templo. A  
 293 la sexta hora de la noche<sup>135</sup> se abrió ella sola la puerta oriental del Templo exterior<sup>136</sup>, que era de bronce y tan pesada que por la tarde a duras penas podían cerrarla veinte hombres<sup>137</sup> y que además estaba reforzada con cerrojos de hierro y con estacas clavadas profundamente en el suelo del

---

<sup>132</sup> La fiesta de los Ácimos o de la Pascua se celebraba entre el 14 y el 21 del mes de Jántico, en el calendario macedónico, o Nisán, en el hebreo (cf. V 98, 567 y *Antigüedades* III 248). Por tanto, esta fecha dada aquí por Josefo para esta festividad, el 8 del mes de Jántico, no parece corresponderse con el sistema de cronología seguido a lo largo de la obra. El acontecimiento no ha sido narrado en la historia precedente, si bien podría situarse en el 66 d. C., en los momentos previos a la revuelta. Sobre los problemas de utilización del calendario macedonio, del hebreo o del romano, indistintamente o de forma simultánea, para la ubicación de los acontecimientos narrados en esta obra, véase SCHÜRER, *Historia...*, I, págs. 755-759.

<sup>133</sup> Sobre las tres de la mañana.

<sup>134</sup> Los escribas son personas versadas en el estudio de la Ley y en la interpretación de los textos sagrados, cuya influencia era inmensa en la vida judía como consejeros políticos, jueces o maestros.

<sup>135</sup> La doce de la noche.

<sup>136</sup> La puerta de Corinto, descrita en V 201-204.

<sup>137</sup> Entre los múltiples funcionarios del Templo había unos doscientos encargados de abrir y cerrar las puertas (cf. *Contra Apión* I 119), cuyo trabajo era revisado por un oficial. Las puertas se abrían a la salida del sol, ya que era a esa hora cuando se ofrecía el holocausto matutino, y se cerraban al anochecer.

umbral, que estaba hecho totalmente de un solo bloque de  
 piedra. Los guardianes del Templo fueron corriendo a co- 294  
 municárselo a su comandante <sup>138</sup>, que subió y apenas tuvo  
 fuerzas para cerrarla. De nuevo a los ignorantes esta señal 295  
 les pareció muy favorable, pues para ellos era Dios el que les  
 había abierto la puerta de los bienes. Sin embargo, los en-  
 tendidos pensaron que la seguridad del Templo se había  
 venido abajo por sí misma y que la puerta se abría como  
 un regalo para los enemigos, y así entre ellos interpretaron  
 la señal como un indicio evidente de destrucción. Después 296  
 de la fiesta, no muchos días más tarde, el veintiuno del  
 mes de Artemisio <sup>139</sup>, se vio una aparición sobrenatural  
 mayor de lo que se podría creer. Creo que lo que voy a na- 297  
 rrar parecería una fábula, si no lo contaran los que lo han  
 visto con sus ojos y no estuvieran en consonancia con es-  
 tas señales las desgracias que acaecieron después. Antes 298  
 de la puesta de sol se vieron por los aires de todo el país  
 carros y escuadrones de soldados armados que corrían por  
 las nubes y rodeaban las ciudades. Además, en la fiesta 299  
 llamada de Pentecostés <sup>140</sup> los sacerdotes entraron por la  
 noche en el Templo interior, como tienen por costumbre  
 para celebrar el culto, y dijeron haber sentido en primer

---

<sup>138</sup> El comandante o capitán del Templo, el encargado de mantener el orden en el recinto sagrado y de asistir al sumo sacerdote; cf. II 409 y *Hechos de los Apóstoles* 4, 1 y 5, 26.

<sup>139</sup> Mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Iyyar y con mayo, según el cómputo juliano.

<sup>140</sup> Pentecostés es el nombre griego de la fiesta de las Semanas, que se festejaba el día 6 del mes de Siván, entre nuestros meses de mayo y junio, siete semanas después de Pascua. Es una celebración de origen agrario, que prescribe la peregrinación a Jerusalén para ofrecer las primicias en el Templo; cf. *Éxodo* 23, 16 y *Levítico* 23, 17.



lugar una sacudida y un ruido, y luego la voz de una muchedumbre que decía: «Marchémonos de aquí»<sup>141</sup>.

300

*El falso  
profeta Jesús,  
hijo de Ananías*

Pero más terrible aún que esto fue lo siguiente: un tal Jesús, hijo de Ananías, un campesino de clase humilde, cuatro años antes de la guerra<sup>142</sup>, cuando la ciudad se hallaba en una paz y prosperidad importante, vino a la fiesta, en la que todos acostumbran a levantar tiendas en honor de Dios<sup>143</sup>, y de pronto se puso a  
301 gritar en el Templo: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz que va contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo»<sup>144</sup>. Iba por todas las ca-  
302 lles vociferando estas palabras de día y de noche. Algunos ciudadanos notables se irritaron ante estos malos augurios, apresaron a Jesús y le dieron en castigo muchos golpes. Pero él, sin decir nada en su propio favor y sin hacer ninguna petición en privado a los que le atormentaban, seguía dando  
303 los mismos gritos que antes. Las autoridades judías, al pen-

<sup>141</sup> La idea de de que Dios abandona su Lugar Sagrado ha sido mencionada ya en los discursos del propio Josefo (cf. V 412) y en el de Tito a los judíos (cf. VI 127). Por otra parte, es tradicional este abandono del pueblo por parte de sus dioses en los momentos previos a una catástrofe, como lo testimonian los textos de PLUTARCO, *Alejandro* 24, VIRGILIO, *Eneida* II 351, TRTO LIVIO, V 15, etc.

<sup>142</sup> En el otoño del año 66.

<sup>143</sup> Es el *Jag Hassukôt*, la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba del 15 al 22 del mes de Tišrî, en septiembre u octubre. Es un festejo de origen agrícola, después de haber recogido el fruto a comienzos de otoño (cf. *Deuteronomio* 16, 12), en el que se acudía en peregrinación al Templo durante siete días para dar gracias por la cosecha (*Levítico* 23, 40-43).

<sup>144</sup> Esta exclamación se hace eco de la amenaza proferida por el profeta en *Jeremías* 7, 34.

sar que la actuación de este hombre tenía un origen sobrenatural, lo que realmente así era, lo condujeron ante el gobernador romano. Allí, despellejado a latizagos hasta los huesos, no hizo ninguna súplica ni lloró, sino que a cada golpe respondía con la voz más luctuosa que podía: «¡Ay de ti Jerusalén!». Cuando Albino, que era el gobernador<sup>145</sup>, le preguntó quién era, de dónde venía y por qué gritaba aquellas palabras, el individuo no dio ningún tipo de respuesta, sino que no dejó de emitir su lamento sobre la ciudad, hasta que Albino juzgó que estaba loco y lo dejó libre. Antes de llegar el momento de la guerra Jesús no se acercó a ninguno de los ciudadanos ni se le vio hablar con nadie, sino que cada día, como si practicara una oración, emitía su queja: «¡Ay de ti Jerusalén!». No maldecía a los que le golpeaban diariamente ni bendecía a los que le daban de comer: a todos les daba en respuesta el funesto presagio. Gritaba en especial durante las fiestas. Después de repetir esto durante siete años y cinco meses, no perdió su voz ni se cansó. Finalmente, cuando la ciudad fue sitiada, vio el cumplimiento de su augurio y cesó en sus lamentos. Pues, cuando se hallaba haciendo un recorrido por la muralla, gritó con una voz penetrante: «¡Ay de ti, de nuevo, ciudad, pueblo y Templo!». Y para acabar añadió: «¡Ay también de mí!», en el momento en que una piedra, lanzada por una balista<sup>146</sup>, le golpeó y al punto lo mató. Así entregó su alma, mientras aún emitía aquellos presagios.

Si uno reflexiona sobre estos hechos, se dará cuenta de que Dios se preocupa de los hombres y de que él anuncia a su raza de todas las formas posibles los medios de salva-

---

<sup>145</sup> Procurador romano de Judea entre los años 62 y 64, entre Festo y Gesio Floro; cf. II 272.

<sup>146</sup> Cf. nota a IV 19.

ción, y que, sin embargo, ellos perecen por su demencia y  
 311 por la elección personal de sus propias desgracias. Después  
 de la destrucción de la torre Antonia, los judíos hicieron  
 cuadrado el Templo <sup>147</sup>, aunque en sus Escrituras constaba  
 que la ciudad y el Templo serían conquistados cuando el  
 312 Templo tuviera forma cuadrada <sup>148</sup>. Pero lo que más les im-  
 pulsó a hacer la guerra fue un oráculo ambiguo, contenido  
 también en sus libros sagrados, según el cual en aquella  
 313 época un personaje de su país regiría el mundo <sup>149</sup>. Ellos  
 creían que se trataba de alguien de su raza y muchos sabios  
 se equivocaron en su interpretación, ya que el oráculo se re-  
 fería al principado de Vespasiano, que había sido proclama-  
 314 do emperador en Judea <sup>150</sup>. Por otra parte, a los hombres no  
 315 les es posible evitar al Destino, ni aunque lo prevean. Algu-  
 nos de los signos los interpretaron a su gusto y a otros no les  
 hicieron caso, hasta que con la conquista de su patria y con  
 su propia destrucción se dieron cuenta de su insensatez.

---

<sup>147</sup> La torre Antonia, erigida en el extremo noroeste del Templo, rompía uno de los ángulos del perímetro cuadrangular del recinto sagrado. El término griego utilizado aquí, *tetrágōnos*, simplemente significa «que tiene cuatro ángulos», un espacio que no tiene por qué ser exactamente cuadrado.

<sup>148</sup> No ha llegado hasta nosotros ninguna referencia profética de este tipo.

<sup>149</sup> Son las conocidas profecías bíblicas sobre la llegada del Mesías, que en este caso Flavio Josefo orienta y manipula en un sentido filorromano. TÁCITO, *Historias* V 13, y Suetonio, *Vespasiano* IV, confirman la existencia de estas predicciones, que hay que situar en el contexto del mesianismo judío, que por medio de ambiguas profecías preconizaba el advenimiento de una nueva monarquía y de un nuevo reino. Con las profecías sobre la elección de Vespasiano nuestro historiador intenta poner fin al mesianismo apocalíptico mediante un personaje y un imperio reales, en lugar de esperar la llegada de una edad de oro que estaba llevando irremediablemente a la autodestrucción del pueblo judío.

<sup>150</sup> Cf. III 399-408.

Tras haber huido los sediciosos a la 316  
*Tito es aclamado* ciudad y estar ardiendo el propio santua-  
*emperador.* rio y todos los edificios de alrededor, los  
*Ejecución de los* romanos llevaron sus estandartes al Tem-  
*sacerdotes* plo, los colocaron frente a la puerta orien-  
 tal y allí mismo hicieron sacrificios en su honor<sup>151</sup> y pro-  
 clamaron emperador a Tito con grandes vítores<sup>152</sup>. Todos 317  
 los soldados se apoderaron de tanto botín que en Siria el  
 oro, al peso, se vendía a la mitad de su precio anterior<sup>153</sup>. En 318  
 tre los sacerdotes que se mantenían en su puesto en lo alto  
 de la muralla<sup>154</sup> un joven sediento confesó la sed que tenía y  
 pidió a los guardias romanos que le dieran garantías de se-  
 guridad. Ellos se apiadaron de su edad y de su estado de ne- 319  
 cesidad, le dieron su palabra y él bajó a beber. Llenó de  
 agua un recipiente que había traído consigo y se marchó a  
 refugiarse arriba con los suyos. Ninguno de los centinelas 320  
 pudo cogerle, sino que maldijeron su falta de palabra. Pero  
 aquel joven dijo que no había transgredido ningún acuerdo,  
 puesto que él no había pactado quedarse con ellos, sino so-  
 lamente bajar y coger agua. Como él había cumplido ambas

<sup>151</sup> Los estandartes de las legiones eran objeto de culto y reverencia por parte de los soldados y constituían, a juicio de Tácito, *Anales* II 17, las divinidades propias de las legiones. Según el comentario de la traducción de WILLIAMSON es ésta la única referencia literaria existente sobre este tipo de sacrificio.

<sup>152</sup> Tito es aclamado como *imperator*, que era el título concedido a un general vencedor. No obstante, existía el rumor de que Tito quería proclamarse emperador único e independiente del Oriente, al margen de Vespasiano, como anotan Suetonio, *Tito* V, y Dión Casio, LXVI 7, 2; cf. WEYNAND, «Flavius. Imperator T. Flavius Vespasianus Augustus», *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* VI 2, cols. 2707-2708.

<sup>153</sup> Este tipo de desvalorización del oro se ha señalado en V 550.

<sup>154</sup> En VI 279 se relató la subida de estos sacerdotes a la muralla.

condiciones, creía haber sido fiel a la palabra dada. Los romanos, que habían sido objeto del engaño, se admiraron de su astucia, sobre todo por la edad del joven. Al quinto día los sacerdotes, hambrientos, bajaron y, conducidos por los guardias ante Tito, le pidieron conservar la vida. Sin embargo, el emperador les respondió que ya había pasado el momento del perdón para ellos, que habían desaparecido todas aquellas razones por las que él les podría haber salvado y que convenía que los sacerdotes fueran aniquilados junto con el Templo. Por ello ordenó castigar a aquellos hombres.

Los secuaces de los tiranos, como la guerra les dominaba por todas partes y, rodeados por el muro<sup>155</sup>, no tenían ninguna posibilidad de huir, pidieron parlamentar con Tito. Éste se colocó en la zona occidental del Templo exterior, porque prefería salvar la ciudad a causa de su natural espíritu humanitario<sup>156</sup> y porque sus amigos así se lo aconsejaban, ya que creían que los bandidos habían suavizado su actitud. Allí sobre el Xisto estaban las puertas y un puente<sup>157</sup> que unía la Ciudad Alta con el Templo. Este puente estaba en medio de los tiranos y de César. A uno y otro lado la multitud se agolpaba en masa: los judíos de Simón y Juan se hallaban encendidos por la esperanza del perdón, mientras que los romanos estaban expectantes ante la respuesta de César a sus peticiones.

---

<sup>155</sup> El muro de circunvalación que había mandado levantar Tito; cf. V 502 ss.

<sup>156</sup> El tema de la compasión de Tito es uno de los más repetidos en la propaganda flaviana de esta obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

<sup>157</sup> Sobre el barranco del Tiropeón; cf. I 143 y II 344.

*Discurso  
de Tito  
a los vencidos*

Tito ordenó a sus soldados que con- 327  
tuvieran su indignación y que no dispara-  
ran, trajo junto a sí un intérprete y, como  
muestra de que él era el vencedor, tomó  
la palabra en primer lugar<sup>158</sup>: «Judíos, ya 328

os habréis saciado de los males de vuestra patria, vosotros  
que no habéis tenido en cuenta nuestra fuerza ni vuestra debi-  
lidad, sino que con un ímpetu irreflexivo y demente habéis  
perdido vuestro pueblo, vuestra ciudad y vuestro Templo, y  
en justicia os vais a perder a vosotros mismos. En primer 329  
lugar, desde que Pompeyo os conquistó por la fuerza no ha-  
béis dejado de rebelaros y luego declarasteis abiertamente la  
guerra contra los romanos. ¿Tal vez confiabais en la supe- 330  
rioridad numérica de vuestros hombres? Sin embargo, una  
mínima parte del ejército romano ha sido suficiente para  
acabar con vosotros. ¿Quizá teníais fe en los aliados?<sup>159</sup>.  
¿Qué nación ajena a nuestro Imperio preferiría a los judíos  
antes que a los romanos? ¿Se trataba, entonces, de vuestra 331  
fuerza corporal? Sabéis que los germanos son esclavos  
nuestros. ¿Tal vez la solidez de vuestras murallas? Pero, ¿qué  
obstáculo mayor puede haber que la muralla del océano?  
Los britanos, que estaban rodeados por él, se postran ante las  
armas romanas. ¿Es posible que sea la fortaleza de vuestro 332  
espíritu y la astucia de vuestros generales? Sin embargo, sabéis  
que también fueron sometidos los cartagineses. Fue enton- 333  
ces el carácter humanitario de los romanos lo que os incitó a  
ir contra los romanos, que desde el primer momento os de-

<sup>158</sup> En este discurso de Tito se repiten algunos de los temas e ideas contenidos en las palabras del rey Agripa a los judíos para evitar la guerra, al inicio del conflicto, en el año 66; cf. II 345-404.

<sup>159</sup> Los idumeos (cf. IV 224 ss.) y, sobre todo, los adiabenos del otro lado del Éufrates, que también son recordados en este sentido por el discurso del rey Agripa; cf. II 388.

jamos habitar esta tierra y hemos nombrado reyes de vuestra  
 334 raza<sup>160</sup>. Hemos respetado las leyes de vuestra patria, y os he-  
 mos permitido vivir como quisierais, no sólo en vuestro propio  
 335 país, sino también en el de los demás<sup>161</sup>. Y lo más impor-  
 tante de todo es que os permitimos cobrar tributos y recibir  
 ofrendas para Dios<sup>162</sup>. A los que os traían tales presentes no  
 les castigamos ni les pusimos impedimentos, para que así  
 vosotros fuerais más ricos y os prepararaís con nuestro dine-  
 336 ro para atacarnos. Luego, habéis disfrutado de tales bienes y  
 habéis dirigido vuestra abundancia contra los que os la han  
 procurado y, como serpientes salvajes, habéis lanzado el  
 337 veneno contra los que os trataban con bondad. Y bien, des-  
 preciasteis la indolencia de Nerón y, como ocurre con las  
 roturas y los desgarros, permanecisteis quietos con el mal  
 durante un tiempo y luego salisteis de esta grave enferme-  
 dad con una actitud aún peor y dirigisteis vuestros inmode-  
 338 rados deseos hacia desvergonzadas esperanzas<sup>163</sup>. Llegó mi  
 padre a vuestra región, no para castigaros por lo que habíais  
 339 hecho contra Cestio<sup>164</sup>, sino para daros una advertencia. Si  
 hubiera venido para destruir a vuestro pueblo, necesaria-  
 mente tendría que haberse dirigido a vuestras raíces y haber  
 arrasado inmediatamente esta ciudad, sin embargo devastó

<sup>160</sup> Herodes el Grande, Agripa I y Agripa II.

<sup>161</sup> Referencia a los judíos de Palestina y a los de la Diáspora.

<sup>162</sup> Julio César había permitido la recaudación de un tributo entre los judíos de la Diáspora para contribuir al mantenimiento del Templo de Jerusalén. Todo judío adulto tenía que pagar el impuesto de medio siclo, dos dracmas, con ese fin; cf. *Éxodo* 30, 13; *Mateo* 17, 24 y *Antigüedades* XVIII 312. Esta contribución había planteado problemas entre los judíos de la Diáspora, que reclamaban este derecho, y las autoridades romanas, según recuerda CÍCERÓN, *En defensa de Flaco* 67-68.

<sup>163</sup> Alude a la compleja situación del Imperio romano tras la muerte de Nerón en el año 69; cf. IV 497 ss.

<sup>164</sup> Cf. II 499 ss.

Galilea y las zonas de alrededor para así daros tiempo para el arrepentimiento<sup>165</sup>. No obstante, su benignidad os pareció 340 debilidad y con nuestra mansedumbre alimentasteis vuestra audacia. Cuando murió Nerón, actuasteis como suele obrar 341 la gente más malvada. Os llenasteis de valor con nuestras luchas internas y, mientras mi padre y yo nos retiramos a Egipto<sup>166</sup>, aprovechasteis la ocasión para preparar la guerra. No os avergonzasteis de levantaros contra los que habían sido proclamados emperadores, cuyo carácter humanitario ya conocíais, cuando eran generales. Después de que el Im- 342 perio vino a parar a nuestras manos y de que todos los pueblos que estaban dentro de él alcanzaron la paz y las naciones extranjeras presentaron sus embajadas de felicitación, de nuevo los judíos se pusieron en guerra. Vosotros enviasteis 343 legados a los hebreos del otro lado del Éufrates<sup>167</sup> para que se sublevaran contra nosotros y habéis construido nuevas murallas. Las sediciones, las luchas internas entre los tiranos y la guerra civil es lo único que conviene a gente tan criminal como vosotros. Yo vine contra la ciudad con las 344 órdenes duras, que, muy a pesar suyo, me había dado mi padre. Me alegré, cuando oí que el pueblo deseaba la paz. Antes de empezar la guerra os exhorté a que depusierais las 345 armas, incluso después de luchar durante mucho tiempo os perdoné, ofrecí garantías de seguridad a los desertores y mantuve mi palabra con los que se refugiaron entre nosotros; me compadecí de muchos prisioneros, me opuse a los que querían torturarlos, en contra de mi voluntad llevé las máquinas contra vuestras murallas, refrené a los soldados siempre que se disponían a mataros y en cada victoria os in-

<sup>165</sup> La narración de la campaña de Vespasiano en Galilea ha sido narrada con detalle en el libro III.

<sup>166</sup> Cf. IV 605 ss.

<sup>167</sup> Los adiabenos, convertidos al judaísmo; cf. IV 567.



346 vité a hacer la paz, como si yo fuera el vencido. Cuando estuve cerca del Templo me olvidé de nuevo voluntariamente de las leyes de la guerra y os exhorté a que respetaseis vuestros Lugares Sagrados y que salvarais el Templo para vosotros mismos. Os di garantías para que salierais con seguridad<sup>168</sup>, os prometí conservar la vida y, si queráis, os ofrecí la posibilidad de luchar en otro lugar. Pero vosotros habéis despreciado todo esto y habéis incendiado el santuario con vuestras  
 347 propias manos<sup>169</sup>. ¿Y ahora, miserables, me invitáis a hablar con vosotros? ¿Es para salvar algo similar a lo que ya habéis perdido? ¿Después de la destrucción del Templo, qué tipo de  
 348 salvación os merecéis? Y ahora aún estáis armados y ni en esta situación extrema actuáis como suplicantes. ¿En qué confiáis, desgraciados? ¿No está muerto vuestro pueblo y ha perecido el Templo, no está la ciudad en mi poder y vuestras vidas en mis manos? ¿Tal vez creéis que el resistiros a morir  
 349 dará renombre a vuestra valentía? Yo no rivalizaré con vuestra locura. A los que arrojen sus armas y se entreguen les concederé seguir viviendo y, como un señor que es bueno en su casa, yo castigaré a las personas que no tienen remedio y a las demás las conservaré conmigo».

351 A estas palabras los judíos respondieron que no podían aceptar sus promesas, porque habían jurado no hacerlo nunca. Pidieron salir del recinto amurallado con sus mujeres e hijos para retirarse al desierto y dejarle a él la

<sup>168</sup> Cf. V 334, VI 95 y 128.

<sup>169</sup> El santuario propiamente fue incendiado por los romanos: uno de los legionarios arrojó un tizón ardiendo que hizo propagarse el fuego; cf. VI 251-252. Los judíos, por su parte, prendieron una parte del Templo, el pórtico norte y, como Josefo indica en VI 165, este hecho fue considerado el comienzo de la quema.

ciudad. Tito se irritó de que ellos, que estaban en situación de 352  
vencidos, le pusieran condiciones, como si fueran los vence-  
dores, y ordenó proclamar por medio de un heraldo que ya no  
desertaran y que no esperaran llegar a ningún acuerdo con él,  
pues no perdonaría a nadie, sino que lucharan con todas sus 353  
fuerzas y se salvaran como pudieran. A partir de ahora él ac-  
tuaría en todo momento de acuerdo con las leyes de la guerra.  
A sus soldados les dejó incendiar y saquear la ciudad. Aquel 354  
día se refrenaron, pero al siguiente quemaron los archivos<sup>170</sup>,  
el Acra<sup>171</sup>, el Consejo<sup>172</sup> y la zona llamada Ofra<sup>173</sup>. El fuego 355  
se extendió hasta el palacio de Helena<sup>174</sup>, que estaba edificado  
en medio del Acra, y también se consumieron las callejuelas y  
las casas, que estaban llenas de los cadáveres de los que ha-  
bían muerto por causa del hambre.

*La familia  
del rey Izate  
se entrega*

Este mismo día los hijos y hermanos 356  
del rey Izate<sup>175</sup>, a los que se habían unido  
muchos notables del pueblo, pidieron a  
César llegar a un acuerdo de capitulación.

Tito, aunque estaba enfadado con todos  
los supervivientes, no se olvidó de su carácter bondadoso, 357  
sino que acogió a estos hombres. Entonces los puso a todos  
bajo custodia y luego encadenó a los hijos y a los familiares  
del rey y los envió a Roma como rehenes en garantía de la  
fidelidad de su país.

<sup>170</sup> Los archivos, situados en el Acra, habían sido incendiados tam-  
bién durante el comienzo de las hostilidades; cf. II 427.

<sup>171</sup> Cf. V 137.

<sup>172</sup> Sobre la sala de reunión del Sanedrín, situada al este del Xisto,  
véase nota a V 144.

<sup>173</sup> Cf. V 137.

<sup>174</sup> El palacio de esta reina de Adiabene, convertida al judaísmo, se ha  
mencionado en V 253.

<sup>175</sup> Es el hijo de la reina Helena de Adiabene; cf. IV 567.

358 Los sediciosos atacaron el palacio  
*Los rebeldes* real<sup>176</sup>, en el que muchos habían guardado  
*asaltan el* sus bienes debido a la seguridad de este  
*palacio real* lugar. Expulsaron de él a los romanos,  
 mataron a toda la gente del pueblo que allí  
 se había reunido, ocho mil cuatrocientas personas, y se adue-  
 359 ñaron del dinero que había. Cogieron también como prisione-  
 ros a dos romanos, un soldado de caballería y otro de infantería:  
 a este último lo degollaron enseguida y lo arrastraron  
 alrededor de la ciudad, como si de esta forma se vengaran en  
 360 un sólo cuerpo de todos los romanos. En cambio, el jinete,  
 que dijo que les podía hacer una propuesta útil para su salva-  
 ción, fue conducido ante Simón. Pero como no tenía nada que  
 decir, fue entregado a Ardala, uno de sus generales, para que lo  
 361 ejecutara. Ardala le ató las manos atrás, le vendó los ojos  
 y le llevó delante de los romanos para cortarle la cabeza. Sin  
 embargo, aquél se adelantó a su verdugo y huyó al bando ro-  
 362 mano, mientras el judío sacaba su espada. Tito no se atrevió a  
 quitar la vida a un individuo que había huido de los enemigos.  
 No obstante, juzgó que era un soldado indigno de los roma-  
 nos, porque había sido capturado vivo, le quitó las armas y le  
 expulsó de la legión, lo que precisamente era un castigo más  
 duro que la muerte para una persona de honor.

363 Al día siguiente los romanos echaron  
*Incendio* a los bandidos de la Ciudad Baja e incen-  
*de la* diaron toda la zona hasta Siloé<sup>177</sup>. Se ale-  
*Ciudad Baja* graron de que la ciudad ardiera, pero se  
 equivocaron en cuanto al botín, puesto  
 que los rebeldes habían cogido todo y habían huido a la

<sup>176</sup> El palacio del rey Herodes el Grande, ubicado en la Ciudad Alta;  
 cf. V 176 ss.

<sup>177</sup> Fuente de Siloé; cf. V 140.

Ciudad Alta. Estos últimos no tenían ningún arrepentimiento de sus maldades, sino que se gloriaban de ellas como si fueran buenas acciones. Cuando vieron que la ciudad se consumía por el fuego dijeron con caras alegres que aceptaban la muerte llenos de felicidad<sup>178</sup>, pues no dejaban nada para los enemigos, ahora que el pueblo ya había perecido, el Templo ya estaba quemado y la ciudad ardía. Ni en aquellos momentos críticos Josefo se cansaba de suplicarles por lo que aún quedaba de la ciudad, sino que, a pesar de que les expuso numerosas razones en contra de su crueldad y de su impiedad y de que les dio muchos consejos para conservar su vida, no consiguió más que burlas. Habida cuenta de que los sediciosos no soportaban entregarse, por el juramento que habían hecho, ni podían luchar en igualdad de condiciones contra los romanos, pues estaban acorralados como en una prisión, entonces sus sanguinarias costumbres movían aún sus manos. Se dispersaron delante de la ciudad, entre sus ruinas, y tendieron emboscadas contra los que se disponían a desertar. Capturaron a muchos, a todos los mataron, pues debido al hambre no tenían fuerzas para escapar, y arrojaron sus cuerpos a los perros. Cualquier clase de muerte parecía mejor que el hambre, de modo que, aunque ya no esperaban obtener el perdón de los romanos, huían también hacia ellos y voluntariamente se entregaban a los sanguinarios sediciosos. No había en la ciudad ningún sitio sin cadáveres, sino que por todos los lugares había víctimas del hambre o de la sedición<sup>179</sup>.

<sup>178</sup> Esta actitud ante la muerte se ha visto ya en otras ocasiones en esta obra; cf. nota a V 355.

<sup>179</sup> La edición de Niese añade entre corchetes la frase «Estaba lleno de muertos por la sedición o por el hambre», que repite la idea anterior.

370                                    La última esperanza que animaba a  
                                  *Los judíos*            los tiranos y a la banda de ladrones que  
                                  *se refugian en*        estaba con ellos era la de las galerías sub-  
                                  *las galerías*            terráneas<sup>180</sup>. Se habían refugiado en ellas  
                                  *subterráneas*        con la esperanza de no ser encontrados y,  
                  después de la toma completa de la ciudad, cuando los roma-  
 371 nos se hubieran retirado, salir e intentar escaparse. Esto no  
                  era para ellos más que un sueño, pues no iban a pasar desa-  
 372 percibidos ni a Dios ni a los romanos. Los judíos, confiados  
                  entonces en estas galerías, hicieron más fuego que los ro-  
                  manos y mataron sin compasión y despojaron a los que  
                  huían del fuego a refugiarse en estos subterráneos. Si les en-  
                  contraban algo de comer, se lo quitaban y, llenos de sangre,  
 373 se lo comían. Ahora luchaban entre sí por las rapiñas, y por  
                  su exagerada crueldad me parece que, si no se les hubiera  
                  adelantado la toma de la ciudad, habrían llegado a comerse  
                  incluso los cadáveres<sup>181</sup>.

374                                    Como no era posible apoderarse de la  
                                  *Los romanos*        Ciudad Alta sin la ayuda de los terraple-  
                                  *se disponen a*        nes, ya que estaba rodeada de precipicios,  
                                  *asaltar la*            distribuyó a su ejército en las tareas el día  
                                  *Ciudad Alta*        veinte del mes de Loos<sup>182</sup>. Era difícil tra-  
 375                                    er madera, dado que, como he dicho<sup>183</sup>, los alrededores de  
                                  la ciudad, en una extensión de cien estadios, habían sido ta-  
 376 lados para construir los primeros terraplenes. Los trabajos  
                  de las cuatro legiones se levantaron en la parte oeste de la

<sup>180</sup> La importancia de estas galerías subterráneas en el desarrollo bélico de la toma de Jerusalén ha sido señalada en la nota a IV 9 y V 104.

<sup>181</sup> La misma frase se inserta en IV 541.

<sup>182</sup> El 8 de septiembre del 70.

<sup>183</sup> Cf. VI 151.

ciudad, frente al palacio real<sup>184</sup>. La tropa auxiliar y el resto 377  
de los hombres lo hicieron en la zona del Xisto, del puente<sup>185</sup> y de la torre de Simón, que éste había construido para  
que fuera su fortaleza cuando luchaba contra Juan<sup>186</sup>.

Los idumeos  
*intentan rendirse* Por aquellos días los jefes idumeos<sup>187</sup> 378  
se reunieron en secreto y deliberaron sobre su rendición. Enviaron cinco hombres  
ante Tito y le pidieron llegar a un acuerdo  
de capitulación. Éste, que esperaba que 379

los tiranos<sup>188</sup> también se entregaran, tras la defección de los  
idumeos, que representaban una parte importante de la guerra, decidió con pesar perdonarles la vida y dejó marchar a  
los emisarios. Simón se enteró de que los idumeos se disponían a irse e inmediatamente ejecutó a los cinco que habían  
acudido ante Tito. Detuvo y encerró a los jefes, entre los  
que destacaba Jacobo, el hijo de Sosa. Mantuvo bajo vigilancia a la multitud idumea, que tras la pérdida de sus generales estaba desorientada, y colocó en la muralla vigilantes  
que estuvieran más atentos. Los centinelas no tenían la suficiente fuerza para hacer frente a los desertores, sino que,  
aunque eran muchos los que morían en el intento, más numerosos eran los que escapaban. Los romanos acogieron a 383  
todos: Tito porque, a causa de su clemencia, no tuvo en cuenta sus órdenes anteriores<sup>189</sup>, y los soldados porque estaban cansados de matar y por la esperanza de obtener alguna

<sup>184</sup> El palacio del rey Herodes.

<sup>185</sup> El puente sobre el barranco del Tiropeon; cf. II 344.

<sup>186</sup> Es aquella torre, mencionada en IV 581 y VI 191, que Juan levantó en su lucha contra Simón, no a la inversa como se indica aquí.

<sup>187</sup> Estos cabecillas han sido enumerados en IV 353.

<sup>188</sup> Juan de Giscala y Simón.

<sup>189</sup> Cf. VI 352.

384 ganancia. Se quedaban solamente con los ciudadanos<sup>190</sup> y al  
 resto de la gente la vendían con sus mujeres e hijos, cada  
 uno de ellos a un precio muy bajo, pues eran muchos los  
 385 que estaban en venta y pocos los compradores. Aunque Tito  
 había anunciado por medio de un heraldo que nadie desertara  
 solo, para que también se trajeran a sus familias, sin embar-  
 go aceptó igualmente a estos últimos. No obstante, designó  
 oficiales para que decidieran quiénes de ellos merecían ser  
 386 castigados. El número de las personas vendidas fue tremen-  
 do; se salvaron más de cuarenta mil ciudadanos, a los que  
 César dejó ir a donde cada uno quisiera.

387 En estos mismos días uno de los sol-  
     *Los tesoros*  
     *del Templo son*  
     *entregados*  
     *a los romanos*  
 dados de caballería, de nombre Jesús, hijo  
 de Zebedeo, recibió de César garantías,  
 bajo juramento, de que conservaría su vida  
 a condición de que le diera alguno de los  
 388 tesoros sagrados<sup>191</sup>. Este individuo salió y desde el muro del  
 Templo entregó dos candelabros iguales a los que había en  
 el santuario<sup>192</sup>, mesas, crateras y vasos, todos ellos comple-  
 389 tamente de oro macizo. También le ofreció los velos<sup>193</sup>, las

---

<sup>190</sup> No se trata de ciudadanos romanos, sino de ciudadanos de Jeru-  
 salén, mientras que el «resto» lo constituyen todos aquellos judíos que se  
 habían congregado en la ciudad con motivo de la guerra. En las provin-  
 cias del Imperio los ciudadanos eran un ínfima minoría, formada por in-  
 migrantes itálicos o bien por notables locales, como los casos de los ju-  
 díos Tiberio Alejandro, Pablo de Tarso o el propio Flavio Josefo; cf. nota  
 a II 308.

<sup>191</sup> Los objetos de culto o las ofrendas en metálico o en piezas valio-  
 sas que se conservaban en las correspondientes estancias del Templo; cf.  
 nota a V 200.

<sup>192</sup> Cf. V 216-217.

<sup>193</sup> Cf. V 212.

vestimentas de los sumos sacerdotes<sup>194</sup> con sus gemas y muchos otros de los objetos que se utilizaban en el culto. Fue también hecho prisionero el tesorero del Templo<sup>195</sup>,<sup>390</sup> llamado Fineas, que sacó las túnicas y los cinturones de los sacerdotes, una gran cantidad de púrpura y de escarlata, que estaba reservada para las necesidades del velo del Templo, y también mucho cinamomo, casia y una gran cantidad de otros aromas<sup>196</sup>, que todos los días los sacerdotes mezclaban en los sacrificios dirigidos a Dios. Asimismo él hizo entrega<sup>391</sup> de muchos otros objetos preciosos y no pocos ornamentos sagrados. Este hecho a Fineas, que había sido capturado, le propició la obtención del perdón concedido a los desertores.

Una vez terminados los terraplenes en<sup>392</sup>  
*La Ciudad Alta*  
*cae en manos*  
*romanas*  
 dieciocho días, el siete del mes de Gorpicio<sup>197</sup> los romanos acercaron allí las máquinas. Algunos de los sediciosos, que ya daban por perdida la ciudad, abandonaron la muralla y se retiraron al Acra, mientras que otros bajaron a refugiarse a las galerías subterráneas<sup>198</sup>. Muchos se colo-<sup>393</sup>

<sup>194</sup> Cf. V 231-236.

<sup>195</sup> El *gazofylax*, el tesorero del Templo, era uno de los más importantes funcionarios de la administración de este lugar sagrado; cf. *Antigüedades* XX 194.

<sup>196</sup> La esencia del cinamomo, procedente del sudeste de la península de Arabia y del Ceilán, y de la casia, originaria del Extremo Oriente y de la costa africana, entraba en la composición del aceite de la unción sagrada de los sacerdotes, así como en el acompañamiento, junto con el incienso, de las oblaciones y sacrificios; cf. *Éxodo* 30, 22-33 y *Eclesiástico* 24, 15.

<sup>197</sup> El 25 de septiembre del 70; cf. edición de NIESE. Gorpicio es el mes del calendario macedónico, que se corresponde con el hebreo Blul y con nuestro septiembre.

<sup>198</sup> Cf. VI 370.



caron a lo largo de la muralla y se defendieron de los soldados que traían las helépolis<sup>199</sup>. También a estos últimos vencieron los romanos en cantidad y en fuerza y, sobre todo, porque ellos estaban muy animados frente a los judíos, que se hallaban abatidos y debilitados. Cuando fue derribada una parte del muro y cedieron algunas de la torres, golpeadas por los arietes, al punto se produjo la huida de los defensores y sobrevino sobre los tiranos un miedo superior a lo que la necesidad del momento requería. Antes de que los enemigos escalaran por la brecha, aquéllos estaban aturridos y decididos a escapar. A individuos, que antes eran impetuosos y que se enorgullecían de sus sacrilegios, se les podía ver ahora humildes y temblorosos, de forma que este cambio daba lástima, a pesar de que se trataba de gente muy malvada. Se dispusieron a correr hacia el muro que les sitiaba para así echar de allí a los guardias y abrirse un paso de salida<sup>200</sup>. Sin embargo, vieron que no estaban en ningún sitio los que antes les eran fieles, ya que habían huido en la dirección que la necesidad del momento les había dictado, además algunos acudieron a ellos a comunicarles que toda la muralla occidental había caído, otros a anunciarles que los romanos habían entrado y estaban ya cerca buscándolos, y otros, con la vista nublada por el miedo, decían que desde las torres divisaban a los enemigos. Ante estas noticias cayeron de bruces al suelo, lamentaron su locura y, como si se hubieran cortado sus nervios, no fueron capaces de huir. En este punto es donde uno especialmente puede reconocer el poder de Dios sobre los impíos y la Fortuna de los romanos<sup>201</sup>. Los tiranos renunciaron a su se-

<sup>199</sup> Cf. V 275.

<sup>200</sup> En varias ocasiones anteriores habían intentado ya transpasar el muro de circunvalación; cf. VI 157, 323 y 402.

<sup>201</sup> La importancia capital de la Fortuna o Destino en esta obra ha sido comentada en el apartado 5 de la Introducción.

guridad y descendieron voluntariamente de las torres, en las que nunca habrían podido ser dominados por la fuerza, sino sólo por el hambre. Por su parte, los romanos, que tanto habían padecido en las murallas que eran más endebles, conquistaron con la ayuda de la Fortuna aquellas otras que no podrían haberlas tomado con las máquinas, pues las tres torres, de las que hemos hablado más arriba<sup>202</sup>, resistían a cualquier artefacto de guerra.

Tras abandonar los judíos estos lugares o, más bien, tras ser expulsados de allí por Dios, inmediatamente se refugiaron en el barranco<sup>203</sup> que está al pie de la fuente de Siloé. Con posterioridad, cuando se recuperaron un poco del miedo, arremetieron contra el muro que les sitiaba por aquel lugar. Con una audacia inferior a lo que apremiaba la necesidad del momento, pues sus fuerzas estaban debilitadas por el miedo y por las desgracias, fueron rechazados por los centinelas, se dispersaron por un lado y por otro y bajaron a las galerías subterráneas<sup>204</sup>.

Los romanos se apoderaron de las murallas, colocaron sus enseñas sobre las torres y entonaron un canto en honor de la victoria con aplausos y gritos de júbilo, pues se daban cuenta de que el final de la guerra era mucho más llevadero que su principio. No se creían que hubieran subido la última muralla sin derramar sangre y, al no ver a ningún enemigo, se quedaron atónitos. Se metieron por las callejuelas con sus espadas en las manos, mataron sin hacer distinción a todos los que se encon-

<sup>202</sup> Las tres torres del palacio de Herodes, Hípico, Fasael y Mariamne; cf. V 161-162.

<sup>203</sup> La zona sur del valle o barranco del Cedrón.

<sup>204</sup> Cf. VI 370.



a los judíos de estas fortalezas, pues ¿qué poder tienen las manos de los hombres o las máquinas contra estas torres?»<sup>207</sup>. Hizo muchos comentarios de este tipo a sus amigos y liberó a los prisioneros de los tiranos, que se encontraron en las fortalezas. Luego, tras hacer desaparecer lo que quedaba de la ciudad y demoler las murallas, dejó las torres<sup>208</sup> en recuerdo de su Fortuna<sup>209</sup>, con cuya colaboración en la lucha se había apoderado de lo que era imposible de conquistar.

*Muertos y  
prisioneros  
judíos*

Después de que los soldados se hartaron de matar, aún seguían apareciendo numerosos sobrevivientes. César ordenó ejecutar sólo a los que estaban armados y a los que ofrecían resistencia y apresar vivo al resto. Pero ellos acabaron también con la vida de los ancianos y de los débiles, además de la de aquellos que les había encomendado Tito. A los que estaban en la flor de la edad y eran útiles los llevaron al Templo y los encerraron en el patio de las mujeres<sup>210</sup>. César puso como guardián a uno de sus libertos y a Frontón, un amigo suyo, le encargó decidir la suerte que cada uno merecía. Este personaje ejecutó a todos los sediciosos y bandidos, que se acusaban unos a otros, escogió a los jóvenes más altos y bellos y los reservó para la procesión triunfal<sup>211</sup>. Del resto

<sup>207</sup> Cf. nota a VI 38.

<sup>208</sup> En la actualidad sólo queda la base de la torre Fasaél, llamada ahora torre de David.

<sup>209</sup> En V 88 y VI 57 se ha presentado ya a Tito como un personaje favorecido de especial forma por la Fortuna.

<sup>210</sup> El atrio de las mujeres; cf. V 198.

<sup>211</sup> La celebración del triunfo de esta guerra en Roma se describirá minuciosamente en VII 121-162.

de la gente, a los que tenían más de diecisiete años los encadenó y envió a trabajar a Egipto<sup>212</sup>. Muchísimos fueron donados por Tito a las provincias para que la espada o las fieras acabaran con ellos en los teatros<sup>213</sup>. Los que no llegaban a esta edad fueron vendidos. Perekieron también de hambre once mil prisioneros en los días en que Frontón hacía su selección: unos porque, debido al odio que les tenían sus guardianes, no recibían comida, mientras que otros no aceptaban lo que les daban. Además había también falta de trigo para tanta gente.

420 Todos los prisioneros que fueron capturados en el conjunto de la guerra sumaron noventa y siete mil, y los que perecieron en la totalidad del asedio fueron un millón cien  
421 mil<sup>214</sup>. La mayoría de éstos eran judíos, pero no eran naturales de Jerusalén, puesto que se había concentrado gente de todo el país para la fiesta de los Ácimos, cuando de repente les sorprendió la guerra<sup>215</sup>. En consecuencia, en un primer momento la estrechez del lugar les propició una peste destructiva  
422 y más tarde un hambre voraz. La cantidad de habitantes que había en la ciudad se deduce del censo elaborado en tiempos de Cestio<sup>216</sup>. Este personaje, que quería demostrar la prosperidad de la ciudad a Nerón, que despreciaba al pueblo judío,

---

<sup>212</sup> Seguramente en algunas minas o canteras.

<sup>213</sup> Más bien hay que entender aquí anfiteatros, que es donde se celebraban los combates de gladiadores y los espectáculos de lucha entre fieras y esclavos o prisioneros de guerra.

<sup>214</sup> El problema de lo exagerado de algunas de las cifras aportadas por Josefo se ha comentado en nota a V 569.

<sup>215</sup> Josefo quiere distinguir en todo momento entre los habitantes de Jerusalén y los forasteros judíos, que acudieron a la ciudad para celebrar las mencionadas fiestas y también debido a los acontecimientos bélicos. Así se ha visto antes en VI 384.

<sup>216</sup> Durante el desempeño del cargo de gobernador de Siria, entre los años 63 al 66 d. C.; cf. II 280.

instó a los sumos sacerdotes a contabilizar la población de la mejor forma posible. Era ya inminente la fiesta llamada Pas- 423-  
cua, en la que se hacen sacrificios desde la hora nona hasta la undécima<sup>217</sup>; en cada una de las ofrendas actuaba una fraternidad de no menos de diez hombres, pues no se puede hacer el banquete sacrificial solo, y muchas veces se reunían incluso veinte. Los sacerdotes contabilizaron docientas cincuenta y 424-  
cinco mil seiscientas víctimas. El resultado son dos millones 425-  
setecientos mil hombres, todos ellos puros y santos, si suponemos diez personas para cada víctima<sup>218</sup>. En efecto, ni los 426-  
leprosos ni los que tienen gonorrea ni las mujeres menstruantes ni los que tienen otro tipo de impureza pueden participar de este sacrificio, ni tampoco ninguno de los extranjeros que 427-  
acudían a presenciar estos actos<sup>219</sup>. Era muy grande el número de personas que venían de otras naciones.

En este momento todo el pueblo ha- 428-  
*Los refugiados en* bía sido encerrado por el Destino<sup>220</sup>,  
*los subterráneos.* como en una cárcel, y la guerra rodeó la  
*Juan de Giscala* ciudad, cuando desbordaba de gente. El 429-  
*es capturado* número de muertos superó a toda destrucción humana o divina, pues los romanos, tras matar o

<sup>217</sup> Desde las tres a las cinco de la tarde.

<sup>218</sup> El cálculo no es exacto, pues la cifra debería ser de dos millones quinientos cincuenta y seis mil. En cualquier caso el número parece bastante elevado. Según los cálculos de J. BELOCH, *Die Bevölkerung der Griechisch-Röömischen Welt*, Roma, 1968 (= 1886), págs. 247 ss., la población de Palestina en tiempos de Nerón era de unos dos millones de habitantes y la de Jerusalén no llegaba a cien mil; cf. también los datos aportados en V 567-569 y VI 420.

<sup>219</sup> Sobre los ritos de purificación previos a los sacrificios véase nota a IV 205.

<sup>220</sup> Sobre la importancia del Destino o Fortuna en este relato véase el apartado 5 de la Introducción.

apresar a todos los que estaban a la vista, buscaron a los que se hallaban en los subterráneos<sup>221</sup>, hicieron agujeros en el suelo y ejecutaron a cuantos se encontraron. Allí había más de dos mil cadáveres: unos se habían suicidado, otros se habían matado entre sí y la mayoría había sido víctima del hambre. A los que pasaban a su interior les venía un terrible hedor a muerto, de forma que enseguida muchos se daban la vuelta y otros, por codicia, penetraban pisando los cadáveres que allí se amontonaban. En las galerías hallaron muchos objetos preciosos. Todo camino era lícito para conseguir alguna ganancia. También sacaron fuera a muchos prisioneros de los tiranos, pues éstos ni en sus últimos momentos pusieron freno a su crueldad. Dios castigó a los dos como se merecían: Juan, cuando estaba muriéndose de hambre junto con sus hermanos en las galerías subterráneas, suplicó a los romanos llegar a un acuerdo de paz, algo que había rechazado muchas veces, y Simón se rindió, después de haber combatido durante un largo espacio de tiempo contra la adversidad, como veremos más adelante<sup>222</sup>. Este último fue reservado para servir de víctima en la procesión triunfal<sup>223</sup>, mientras que Juan fue condenado a cadena perpetua. Los romanos prendieron fuego a los barrios de las afueras de la ciudad y echaron abajo las murallas.

---

<sup>221</sup> Cf. VI 370.

<sup>222</sup> VII 25-36.

<sup>223</sup> En la celebración del triunfo en Roma se tenía por costumbre ejecutar al más destacado de los enemigos.

*Cronología  
de la historia  
de Jerusalén*

De esta forma fue conquistada Jeru- 435  
salén en el segundo año del principado de  
Vespasiano, el día ocho del mes de Gor-  
pieo<sup>224</sup>. Antes ya había sido conquistada  
cinco veces y otras dos había sido devas-  
tada. Pues Asoqueo<sup>225</sup>, rey de Egipto, luego Antíoco<sup>226</sup>, más 436  
tarde Pompeyo<sup>227</sup> y después de ellos Sosio junto con Hero-  
des<sup>228</sup> se apoderaron de la ciudad, pero sin destruirla. Y an- 437  
tes la conquistó y asoló el rey de Babilonia<sup>229</sup>, tras haber  
transcurrido mil cuatrocientos sesenta y ocho años y seis  
meses desde su fundación<sup>230</sup>. Su primer fundador fue un 438  
príncipe cananeo, que en su lengua materna se llamaba «Rey  
Justo»<sup>231</sup>, que así era en realidad. Por ello fue pionero en ser  
sacerdote de Dios y, al ser el primero en levantar el Templo,  
llamó a la ciudad Jerusalén, que antes se denominaba Sólí-

<sup>224</sup> El 26 de septiembre del 70; cf. VI 407.

<sup>225</sup> Es Sisac o Sosac, el primer faraón egipcio nombrado expresa-  
mente en la Biblia. Invadió Jerusalén en el 930 a. C., en tiempos del rey  
Roboam, que le entregó los tesoros del Templo y del palacio real (cf. *I*  
*Reyes* 14, 25-28 y *II Crónicas* 12, 1-12).

<sup>226</sup> Antíoco IV Epífanes, en el 170 a. C.; cf. I 31 ss.

<sup>227</sup> En el 63 a. C.; cf. I 141 ss.

<sup>228</sup> En el 37 a. C.; cf. I 345 ss.

<sup>229</sup> Nabucodonosor, en el 586 a. C.; cf. *II Reyes* 25.

<sup>230</sup> Esta cronología no coincide con la expresada por el propio Josefo  
en VI 260-270.

<sup>231</sup> Es el rey de Salem y sacerdote de El-Elyón Melquisedec, mencio-  
nado en *Génesis* 14, 18. El texto bíblico no indica que este tal Melquise-  
dec construyera el Templo de Jerusalén, sino solamente que era sacerdote  
del mismo. Tras la victoria de Abraham sobre los cananeos, los sacerdo-  
tes jebuseos, es decir, de la tribu cananea que habitaba Jerusalén, recono-  
cieron a los israelitas como a sus nuevos señores. La explicación etimo-  
lógica de «Rey Justo» se contiene también en *Hebreos* 7, 2, aunque en  
realidad el término significa «el dios Salem es rey» o «el dios Mélec es  
justo».



439 ma<sup>232</sup>. El rey de los Judíos, David, expulsó de allí al pueblo  
de los cananeos y estableció a su nación. Cuatrocientos se-  
440 tenta y siete años y seis meses después la ciudad fue des-  
truida a manos de los babilonios. Entre el rey David, que  
fue el primer judío que gobernó en ella, y la devastación  
441 llevada a cabo por Tito han pasado mil ciento setenta y nue-  
ve años. Desde su primera fundación hasta su última des-  
442 trucción han transcurrido dos mil ciento setenta y siete  
años<sup>233</sup>. Sin embargo, ni su antigüedad ni su inmensa rique-  
za ni la Diáspora de su gente por todo el mundo habitado ni  
la gran fama de su culto han podido evitar su ruina. Así ter-  
minó el asedio de Jerusalén.

---

<sup>232</sup> Es ésta una etimología popular totalmente errónea. También *Anti-  
güedades* I 180, el relato del autor egipcio Lisímaco, citado en *Contra  
Apión* I 304-311, así como el historiador judeo-helenístico Eupólemo (en  
EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* IX 34, 12) y Hecateo de Ab-  
dera (en DIODORO DE SICILIA, XL 3, 3) refieren esta etimología fantástica  
de Jerusalén, como si se tratara de una ciudad griega. El nombre de Jeru-  
salén no tiene el significado griego de *hierós*, «sagrado», y *Sólyma*, «Sa-  
lem», sino que más bien su denominación más antigua es *urusalim* (cf.  
las cartas de El-Amarna del siglo XIV a. C.), que parece significar «la ciu-  
dad de la paz» o «la fundación de Salem»; sobre la interpretación griega  
del nombre de Jerusalén y su etimología puede consultarse el artículo de  
J. JEREMIAS, «*IEROUSALĒM / IEROUSOLYMA*», *Zeitschrift für die Neutesta-  
mentliche Wissenschaft* 65 (1974), 273-276.

<sup>233</sup> Sobre esta cronología, véase la nota a VI 269-270.

## ÍNDICE DE NOMBRES \*

- Abila: IV 438.  
 Abraham: IV 31; V 380.  
 Acatela (padre de Simón): VI 148; *vid.* también Caata.  
 Acaya: IV 499.  
 Ácidos, fiesta de los: IV 402; VI 290, 421; *vid.* también Pascua.  
 Acra (ciudadela de Jerusalén): V 137-139, 253; VI 354.  
 Acrabatene: IV 504, 511, 551.  
 Adiabene: IV 567; V 147, 252, 474.  
 Adida: IV 486.  
 Aftia: IV 155.  
 Ageo: VI 270.  
 Agripa I: V 148, 152.  
 Agripa II: IV 2, 14, 498, 500.  
 Aín: IV 511, 517.  
 alanos: VII 244, 250-251.  
 Albino: VI 305.  
 Alejandría: IV 605-606, 612-613, 631, 656-657; V 2, 44, 169, 287; VI 238; VII 21, 75, 409.  
 Alejandro (alabarca de Alejandría): V 205.  
 Alejandro (judío de Cirene): VII 445.  
 Alejandro (Magno): V 465; VII 245.  
 Alejandro (Tiberio): IV 616; V 45, 205, 510; VI 237, 242.  
 Alejandro Janco: V 304; VII 171.  
 Alexas (soldado judío): VI 92, 148  
 Almendro, piscina del (en Jerusalén): V 468.

---

\* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

- Aluro: IV 522.
- Amígdalo: *vid.* Almendro, piscina del.
- Amato, baños de: IV 11 .
- Ananías (hijo de Masbalo): V 532.
- Ananías (padre de Jesús): VI 300.
- Anano (hijo de Bagadato): V 531; VI 229.
- Anano (sumo sacerdote): IV 151, 160, 162, 193-194, 196-197, 203, 205, 209, 211, 215-216, 218-219, 224, 226, 228-229, 232, 236, 238, 288, 296-297, 301, 316, 318, 321-322, 325, 349, 508 .
- Anano (sumo sacerdote), tumba de: V 506.
- Anficalleo (padre de Zacarías): IV 225.
- Antígono (hijo de Aristóbulo II): V 398.
- Antíoco IV (rey de Comagene): V 461; VII 219-221, 225, 228, 230, 234-235, 238, 240.
- Antíoco IV Epífanes: V 394; VI 436; VII 44, 423.
- Antíoco V Eupátor: VII 423.
- Antíoco Epífanes (rey de Comagene, hijo de Antíoco IV de Comagene): V 460, 462-463; VII 221, 232, 236, 241.
- Antioquía: IV 630; VII 41, 43-44, 47, 53-54, 56, 100, 102, 105-106, 111.
- antioqueños: VII 41, 47, 51, 107, 110.
- Antipas (familiar de Agripa II): IV 140.
- Antípatris: IV 443.
- Antonia (fortaleza): V 146, 149, 183, 192, 238, 240, 244-246, 260, 267, 304, 356, 358, 467, 469, 486, 523; VI 15, 23, 30, 32, 45, 68, 74, 82, 86, 93, 133, 135, 145, 149, 165-166, 246, 249, 311 .
- Antonio (Marco Antonio): VII 301.
- Antonio Primo: IV 495, 633-634, 636, 639, 643, 645, 650, 654.
- Apeleo (mes): IV 654.
- árabes: V 556; VII 172.
- Arabia: V 160.
- Arcea (Arca del Líbano): VII 97.
- Ardala: VI 360-361.
- Aregetes (padre de Sifa): IV 141.
- Ari (padre de Simón): VI 92, 148; VII 215.
- Arino (padre de Simón): V 250.
- Aristeo: V 532.
- Aristobulo II (hijo de Alejandro): V 396, 398; VII 171.
- Aristobulo (hijo de Herodes, rey de Calcidia): VII 226.
- Armenia: VII 18, 248.
- Arquelao (hijo de Magadato): VI 229.

- Artabaces: I 363.  
 Artemisio (mes): V 302, 466; VI 296.  
 Artorio: VI 188.  
 Ascalón: IV 663.  
 Asfaltitis (Mar Muerto): IV 437-438, 453, 455-456, 474, 476; VII 168, 281.  
 asirios: V 303, 387-388, 504.  
 Asmoneos: V 139.  
 Asoqueo (Sisac): VI 436.  
 Augusto: V 562.  
 Azoto: IV 130.
- Baara: VII 180.  
 Babilonia: V 212, 389, 391; VI 437, 439.  
 babilonios: V 411; VI 104, 250, 268, 439.  
 Bagadato (padre de Anano): V 531.  
 Baris (padre de Zacarías): IV 335.  
 Baso: *vid.* Lucilio Baso.  
 Batanero, monumento del: V 147.  
 Bedríaco: IV 547.  
 Belga (padre de Meiro): VI 280.  
 Berenice (esposa de Alejandro, judío de Cirene): VII 445.  
 Berito: IV 620; VII 39, 96.  
 Besimot: IV 438.  
 Betabris: IV 447.  
 Betela: IV 551.  
 Betenabris: IV 420.  
 Betezuba: VI 201.  
 Betletefa: IV 445.
- Betso: V 145.  
 Bezeta: V 149, 151, 246; *vid.* también Ciudad Nueva.  
 Bitinia: VI 81.  
 Boeto: V 527.  
 Britania: VII 82.  
 britanos: VI 331.  
 Brixelo: IV 548.
- Caata (padre de Simón): IV 271; V 249; *vid.* Acatela.  
 Cafartoba: IV 447.  
 Cafetra: IV 552.  
 Cagiras (hijo de Nabateo): V 474.  
 Calcídica: VII 226.  
 Calínico (rey de Comagene): VII 232.  
 Campamento de los asirios: V 303, 504.  
 Capadocia: IV 632; VII 18.  
 Capitolio: IV 495, 645, 647; VII 153, 218.  
 Carabin: IV 552.  
 Cares: IV 18, 68.  
 cartagineses: VI 332.  
 Casa de los Garbanzos (aldea próxima a Jerusalén): V 507.  
 Cástor: V 317-319, 322, 325, 327-328, 330.  
 Catulo (gobernador de la Pentápolis de Libia): VII 439, 440-441, 444, 449, 451.  
 Cecinna Albino: IV 547, 634, 640, 644.  
 Cedrón, barranco del: V 70, 147, 252, 254, 303, 504; VI 92.

- centurión: IV 37-38, 437; V 502;  
VI 81, 175, 262; VII 238.
- Cereal, Petilio: VII 82-84.
- Cereal Vetiliano: VII 163; *vid.*  
Cereal Vetuleno.
- Cereal Vetuleno, Sexto: IV 552-  
552; VI 131, 237, 242; VII  
163.
- César (Claudio): *vid.* Claudio.
- César (Domiciano): VII 85; *vid.*  
también Domiciano.
- César (Tito): V 63, 67, 94, 97,  
121-122, 128, 262, 287, 311,  
318, 325, 329, 331, 341, 347,  
373, 457, 488, 503, 524, 541,  
566; VI 56, 70, 83, 89-90, 95,  
115, 129, 133, 142, 154, 163,  
182, 215, 246, 256, 258, 260,  
263, 265-266, 284, 325-326,  
356, 386-387, 414, 416; VII 1,  
5, 21, 31, 36, 39, 58, 63, 96.
- César (Vespasiano): VII 220,  
223, 242-243, 418, 420, 433;  
*vid.* también Vespasiano.
- Cesarea de Filipo: VII 23.
- Cesarea Marítima: IV 88, 130,  
419, 443, 491, 501, 550, 588,  
620, 663; V 1, 40; VII 20, 23,  
36, 361, 407.
- Cesenio Peto: VII 59, 220, 225,  
230, 238.
- Cestio Galo: V 41, 267, 302; VI  
338, 422; VII 18.
- Cidasa: IV 104.
- Cilicia: VII 234, 238.
- Cirene: VI 114; VII 437, 439.
- Ciro el Grande: V 389; VI 270.
- Ciudad Baja: IV 581; V 11, 137,  
140, 253; VI 363.
- Ciudad Alta: V 11, 137, 139,  
245, 252, 260, 356, 445; VI  
325, 363, 374.
- Ciudad de los Elefantes: IV 611.
- Ciudad Nueva: V 151, 246, 269,  
331, 504; *vid.* también Be-  
zeta.
- Ciudadela de Jerusalén: V 137;  
*vid.* también Acra.
- Civil: VII 80.
- Clásico: VII 80.
- Claudio: V 152.
- Cleopatra (esposa de Marco An-  
tonio): VII 300.
- Clusot (padre de Fineas): IV 235.
- Colega: *vid.* Gneo Colega.
- Comagene: V 461; VII 219, 224-  
225.
- Comandante del Templo: VI 294.
- Consejo (= Sanedrín): IV 214,  
243; V 144, 533; VI 353.
- Consejo de Ancianos (en Ale-  
jandría): VII 412.
- Copto: IV 608.
- Corcira: VII 22.
- Corea: IV 449.
- Corinto, puerta de: V 201.
- Cremona: IV 634, 642.
- Dafne (lugar próximo al lago  
Semeconitis): IV 3.
- Dagón (divinidad filisteo): V 384.
- Daisio (mes): IV 449, 550.

- Daleo (padre de José): VI 280.  
 Damasco: VII 368.  
 David: V 137, 143; VI 439.  
 decurión: IV 36, 442; V 503.  
 Destino: IV 257, 297; V 355, 572; VI 14, 49, 84, 108, 250, 267, 314, 428; *vid.* también Fortuna.  
 Diáspora: VI 442.  
 Dios: IV 26, 33, 104, 150-151, 163-164, 191, 281, 288, 323, 362, 370, 382, 388, 543, 573, 626; V 2, 19, 39, 60, 187, 218, 236, 278, 434, 367-368, 377-378, 380-382, 384, 386-387, 389-390, 392, 394, 396, 398, 400, 404, 407-408, 412-413, 415, 438, 458-459, 519, 559, 564; VI 4, 38, 94-95, 97-101, 104, 108, 110, 171, 215, 250, 285-286, 288, 295, 300, 310, 335, 371, 390, 319, 401, 411, 433, 438; 33-34, 73, 101, 131, 136, 260, 263-264, 267, 271, 319, 323, 325, 327-328, 330-331, 333, 343, 346, 349, 358-359, 366, 376, 387, 410, 424, 435.  
 Doleso: IV 416.  
 Domiciano: IV 646, 649, 654; VII 37, 85, 88, 152.  
 Domicio Sabino: V 340.  
 Dorcas (padre de Juan): IV 145.  
 Distro (mes): IV 413.  
 Ebucio: IV 36.  
 Efraín: IV 551.  
 egipcios: IV 176; V 379, 381; VII 199.  
 Egipto: IV 402, 530-531, 605, 609, 616; V 1, 45, 99, 379, 382-383; VI 341, 418, 436; VII 19, 111, 116, 300, 369, 406, 409, 416, 422, 424, 432.  
 Eleazar (hijo de Jairo): VII 253, 275, 297, 320, 337, 339, 389, 391, 399, 404.  
 Eleazar (hijo de Simón): IV 225; V 5, 12, 21, 99, 250.  
 Eleazar (padre de María): VI 201.  
 Eleazar (prisionero judío de Maqueronte): VII 196, 198, 201-205.  
 Eleazar (compañero de Simón, hijo de Giora): VI 227.  
 Elefantina (ciudad de Egipto): IV 611.  
 Elías: IV 460.  
 Eliseo: IV 460-464.  
 Emaús (Nicópolis): IV 444, 449; V 42, 67, 532; VI 229.  
 Emaús (localidad próxima a Jerusalén): VII 217.  
 Emesa: VII 226.  
 Eneas: V 326-327.  
 Engadí: IV 402.  
 Eniaquim (tribu sacerdotal): IV 155.  
 Epífanos: *vid.* Antfoco Epífanos (rey de Comagene).  
 Escitópolis: IV 54, 87, 453; VII 364.

- Escopo (monte): V 67, 106, 108.  
 Esenios, puerta de los: V 145.  
 España: IV 494.  
 espectáculos circenses: VII 23,  
 37, 49, 96, 132.  
 Espinos, valle de los: V 51.  
 Esrón (padre de Simón): V 6.  
 Estrutio: *vid.* Gorrión, piscina del.  
 Etiopía: IV 608.  
 Éufrates: V 44, 252; VI 343; VII  
 17, 105, 224, 236.  
 Europa: IV 598.  
 Ezequías (hijo de Cobaris): V 6.  
  
 Fani (hijo de Samuel): IV 155.  
 Faraón: *vid.* Neco (Faraón).  
 Faros: IV 613; V 169.  
 Fasael (hermano de Herodes): V  
 166.  
 Fasael, torre de: V 166; VII 1.  
 Fenicia: VII 39.  
 Ferete: IV 512.  
 Filippo (hijo de Jácimo): IV 81.  
 Fineas (general idumeo, hijo de  
 Clusot): IV 235.  
 Fineas (guardián del Tesoro del  
 Templo): VI 390.  
 Fonteyo Agripa: VII 91.  
 Foro Romano: IV 494, 546; VII  
 154.  
 Fortuna: IV 40, 179, 238, 243,  
 366, 438, 591, 607, 622; V 78,  
 88, 121-122, 367, 461, 465;  
 VI 44, 57, 63, 173, 282, 399-  
 400, 413; VII 7, 203; *vid.* tam-  
 bién Destino.  
  
 Frigia: IV 632.  
 Frontón Heterio: VI 238, 242,  
 416, 419.  
  
 Gabat Saúl: V 51.  
 Gabinio: VII 171.  
 Gadara: IV 413-414, 417, 419.  
 Galba: IV 494, 498-499, 546.  
 Galia: IV 440, 494, 547, 634;  
 VII 88.  
 Galilea: IV 84, 120, 127, 249;  
 V 408; VI 339; .  
 galileos: IV 1, 96, 105, 558.  
 Galo: IV 37.  
 galos: VII 76.  
 Gamala: IV 2, 4, 11, 26, 49, 54,  
 59, 62, 78, 83, 160.  
 Gamalas (padre de Jesús): IV 160.  
 Gamaliel (padre de Simón): IV  
 159.  
 Garis: V 474.  
 Gaulanítide: IV 2 .  
 Gaza: IV 662.  
 Genat, puerta de: V 146.  
 Gerasa: IV 487, 503.  
 Germania: IV 546, 586, 595.  
 germanos: VI 331; VII 75, 89.  
 Gerusía (en Alejandría): *vid.*  
 Consejo de Ancianos.  
 Gión: IV 225.  
 Giora (padre de Simón): IV 503;  
 V 11; VI 114; VII 25, 154,  
 265.  
 Gipteo: V 474; VI 92, 148.  
 Giscala: IV 1, 84, 86, 92, 123,  
 123-124, 130, 208.

- Gneo Colega: VII 58, 60.  
 gobernador: IV 616, 621, 633;  
     V 46; VI 303, 305; VII 58-  
     59, 220, 433, 439, 441, 443.  
 Gofna: IV 551; V 50; VI 115,  
     118.  
 Gorión (hijo de José): IV 159,  
     358.  
 Gorpíeo (mes): IV 83; VI 392,  
     407, 435.  
 Gorrión, piscina del (en Jeru-  
     salén): V 467.  
 Gran Llanura (de Asoquis): IV  
     54.  
 Gran Llanura (del valle del Jor-  
     dán): IV 455.  
 Grapte: IV 567.  
 Grecia: IV 501; VII 22.  
 griegos: IV 496.
- Hebrón: IV 529-530.  
 Helena (reina de Adiabene): V  
     55, 119, 147; V 253; VI 355.  
 Heliópolis: VII 426.  
 Heracleópolis: IV 660.  
 Herodes el Grande: V 161, 166,  
     238, 245, 398; VII 172, 179,  
     285, 294, 300-301, 303.  
 Herodes (rey de Calcidia, hijo de  
     Aristobulo), monumento de:  
     V 108, 507.  
 Herodio (fortaleza próxima a Je-  
     rusalén): IV 518, 555; VII 163.  
 Hiperbereteo (mes): IV 63, 83.  
 Hípico, torre de: V 134, 144, 147,  
     161, 163, 284, 304; VII 1.
- Idumea: IV 232, 446-447, 511,  
     515, 516, 523, 529, 534,  
     552, 556.  
 idumeos: IV 224, 228-229, 231,  
     233, 236, 270, 273, 279, 281,  
     283, 288, 290, 291, 295, 300,  
     305-310, 314, 326, 345, 348,  
     351, 353-354, 517, 520, 522,  
     526, 535, 566, 568, 570; V  
     248-249, 290, 358; VI 92,  
     148, 378-381; VII 267.  
 Imperio: IV 441, 499, 502, 589,  
     592, 599, 601, 605, 616, 622-  
     623, 626, 652, 657; V 2, 310;  
     VI 241, 330, 342; VII 9, 79,  
     133, 158, 222, 242.  
 indios: VII 351, 357.  
 Isis, templo de: VII 123.  
 Istro: VII 90.  
 Itabirion: IV 1, 54, 61.  
 Italia: IV 545, 587, 591, 598,  
     632, 634; V 367; VII 20, 63,  
     117.  
 Iza: IV 567; *vid.* también el si-  
     guiente.  
 Izates (rey de Adiabene): V 147;  
     VI 356.
- Jácimo (padre de Filippo): IV 81.  
 Jacobo (hijo de Sosas): IV 235,  
     521-522; V 249; VI 92, 148,  
     380.  
 Jamnia: IV 130, 444, 663.  
 Jántico (mes): IV 577; V 99, 567;  
     VI 290; VII 401.  
 Jardes: VII 210.



- Jeconías: VI 103.  
 Jericó: IV 431, 450-451, 459, 461, 474-475, 486; V 42, 69.  
 Jerusalén: IV 61, 89, 104, 106, 115, 120-121, 127, 129, 135, 138, 146, 235, 353, 376, 399, 401, 412, 451, 474, 486, 490-491, 497, 503, 513, 540, 551, 554-556, 577, 578, 658; V 2, 40, 42, 51, 67, 70, 98, 133, 136, 148, 258, 334, 360, 408, 411, 493, 496, 499, 520; VI 1, 102, 201, 301, 304, 306, 407, 421, 435, 438, 442; VII 4, 17, 21, 26, 44, 75, 112-113, 148, 210, 215, 217-218, 423, 426-428, 431.  
 Jesús (hijo de Ananías): VI 300, 302, 307.  
 Jesús (hijo de Gamalas): IV 160, 238, 270, 283, 316, 322, 325.  
 Jesús (hijo de Nun): IV 459.  
 Jesús (hijo de Zebedeo): VI 387.  
 Jesús (sumo sacerdote): VI 114.  
 Jonatán (Macabeo, hijo de Matías): VII 285.  
 Jonatán (sicario de Cirene): VII 438-439, 441, 445, 447, 449-450.  
 Jonatán (soldado judío): VI 169, 173, 176.  
 Jope: IV 663.  
 Jordán: IV 433, 450-451, 454-455, 474; VI 201.  
 Jordán, Pequeño: IV 3.  
 José de Gamala: IV 18, 66.  
 José (hijo de Daleo): VI 280.  
 José (padre de Gorión): IV 159.  
 José (sumo sacerdote): VI 114.  
 Josefo, Flavio: IV 9, 18, 56, 66, 623-624, 626-627, 629; V 114, 261, 325-326, 361-362, 372, 375, 420, 533, 541-542, 544, 546-547; VI 94, 96, 98, 99, 111-112, 114, 118, 129, 365; VII 448.  
 Josué: *vid.* Jesús (hijo de Nun).  
 Jotapata: IV 1, 4, 624; V 544.  
 Juan de Giscala: IV 85, 98, 103, 104, 106, 111, 114-115, 117, 121, 126, 208, 212, 214-216, 226, 389, 395, 503, 559, 564-565; V 5, 10, 36, 100, 250, 254, 266, 278, 304, 358, 423, 440, 455, 469, 528, 562; VI 15, 28, 31, 71-72, 92, 95, 112, 124, 148, 191, 326, 377, 433-434; VII 118, 263.  
 Juan (el idumeo): IV 235; V 290.  
 Juan (hijo de Dorcas): IV 145.  
 Juan Hircano: V 259, 304, 356, 468; VI 169.  
 Judas (el galileo): VII 253.  
 Judas (hijo de Ari): VI 92; VII 215.  
 Judas (hijo de Judas): V 534.  
 Judas (hijo de Mareoto): VI 148.  
 Judas (hijo de Mertón): VI 92.  
 Judas (hijo de Quelcías): V 6.  
 Judea: IV 406, 409, 473, 545, 550, 657; V 41; VI 2, 238; VII 163, 252.

- judíos: *passim*.  
 Julia (ciudad de Perea, llamada también Betaramata): IV 438.  
 Julia (ciudad de la Gaulanítide, llamada también Betsaida): IV 454.  
 Juliano (centurión): VI 81-84, 88, 90.  
 Juliano, Marco Antonio (procurador de Judea): VI 238.  
 Júpiter Capitolino: VII 153, 218.
- Laberio Máximo: VII 216.  
 Lacedemonia: VII 240, 243.  
 Larcio Lépidio: VI 237.  
 Lázaro: V 567.  
 legado: VI 343; VII 58, 82, 91, 163.  
 Legislador (= Moisés): V 401.  
 Leuce: *vid.* Roca Blanca.  
 Leví (padre de Juan de Giscala): IV 85.  
 Levia: IV 141.  
 Ley Judía: IV 99, 100, 102, 157, 182, 184, 223, 258, 348, 382; V 237, 402, 406; VI 101-102, 334; VII 150, 162, 264, 343, 357, 387.  
 Líbano: V 36.  
 Liberal: VI 262.  
 Libia: IV 608; VII 439.  
 Lida: IV 444.  
 Longinos (jinete romano): V 312.  
 Longo: VI 186.  
 Loos (mes): VI 220, 250, 374.  
 Lucio Annio: IV 487.
- Lucilio Baso: VII 163, 190, 201, 207, 209-210, 216, 252.  
 Lucio: VI 188-189.  
 Lupo: VII 420-421, 433.
- Mabarta: IV 449.  
 macedonios: V 460, 463, 465.  
 Magadato (padre de Arquelao): VI 229.  
 Magasaro: V 474.  
 Malaquías: VI 92.  
 Manco: V 567.  
 Maqueronte: IV 439, 555; VII 164, 168, 170, 191, 205, 210.  
 Mar de Egipto: IV 609.  
 Mar Muerto: *vid.* Asfaltitis.  
 Mar Rojo: IV 608.  
 Marco Antonio: *vid.* Antonio (Marco Antonio).  
 Mareoto (padre de Judas): VI 148.  
 María (hija de Simón): VI 201.  
 Mariamme, torre de: V 170; VII 1.  
 Masadá: IV 399, 404, 504, 516, 555; VII 252, 275, 285, 303, 305, 320, 387, 402, 407.  
 Masbalo (padre de Ananías): V 532.  
 Matías (hijo de Boeto): IV 574; V 527, 529, 531; VI 114.  
 Matías (sumo sacerdote): VI 114.  
 Media: VII 245.  
 medos: IV 176; V 246.  
 Meiros: VI 280.

- Melitene: VII 18.  
 Menfis: IV 530; VII 426.  
 Mendesio (distrito de Egipto): IV 639.  
 Meotis (lago): VII 244.  
 Mertón (padre de Judas): VI 92.  
 Mesia: IV 619, 633, 643; VII 92, 95, 117.  
 Mesopotamia: IV 531.  
 Moab: IV 454.  
 Moisés: *vid.* Legislador.  
 Monobazo (rey de Adiabene): V 252-253.  
 Montaña de Hierro (en Arabia): IV 454.  
 Muciano: IV 32, 495, 605, 621, 624, 632, 654; V 43.  
 Mujeres, torre de las: V 55, 110.  
 Nabateo (padre de Cagiras): V 474.  
 Neápolis: IV 449.  
 Neco (Faraón): V 379.  
 Nerón: IV 440, 491 ss., 497, 623; VI 337, 341, 422.  
 Nicanor: V 261.  
 Nicópolis (ciudad de Egipto): IV 659.  
 Níger: IV 359-363.  
 Nilo: IV 608, 611, 659; V 383.  
 Ninfidio: IV 492.  
 Nun (padre de Jesús): IV 459.  
 Occidente: VI 301.  
 Octavia, Pórticos de: VII 124.  
 Ofla: V 145, 254; VI 354.  
 Olivos, monte de los: V 70, 135, 504; VI 157.  
 Onías: VII 421, 423-424, 426-427, 431.  
 Oriente: IV 614; VI 301.  
 Oseas (padre de Simón): VI 148.  
 Ostracine: IV 661.  
 Otón: IV 494, 499, 546-548, 634.  
 Palestina: V 384.  
 Palomar, roca del (en Jerusalén): V 505.  
 Panemo (mes): V 567; VI 22, 67, 94, 177.  
 Panonia: IV 619; VII 117.  
 partos: VII 105, 221, 224, 237.  
 Pascua: VI 423; *vid.* también Ácimos.  
 Paulino (gobernador de Egipto): VII 434.  
 Pedanio (jinete romano): VI 161.  
 Pelusio: IV 610, 660-661.  
 Pentápolis: VII 439.  
 Pentecostés, fiesta de: VI 299.  
 Perea: IV 413, 439, 450; VI 202, 274.  
 Peristereo: *vid.* Palomar, roca del.  
 Peto: *vid.* Cesenio Peto.  
 Petra: IV 454.  
 Plácido: IV 57, 59-61, 410, 421, 426, 429, 433, 438-439.  
 Plintina: IV 610.  
 Pompeyo: V 396, 408-409, 506; VI 329, 436.  
 prefecto de los campamentos: VI 237-238.

- Prisco (centurión romano): VI 175.  
 procurador: VI 238; VII 216.  
 profeta: IV 289, 386-388, 460, 625-626V 391; VI 109, 285-287, 300; VII 434.  
 Providencia: IV 219, 366, 622; VII 82, 318, 453.  
 Psefino (torre): V 55, 133, 147, 159.  
 Ptolomeo VI Filométor: VII 423-426.  
 Pudente: VI 172.  
 Puertas de Hierro (Puertas del Caspio): VII 245.  
 purificación: IV 218; VII 100, 194, 227.  
 Quelcías (padre de Judas): V 6.  
 Queseros, barranco de los: V 140.  
 Quirino: VII 253.  
 Rafanea: VII 18, 97.  
 Rafia: IV 662.  
 Rinocorura: IV 662.  
 Roca Blanca (en Masadá): VII 305.  
 Rodas: VII 21.  
 Roma: IV 134, 137, 359, 493-494, 501, 549, 585-586, 588, 592, 596, 606, 631, 634, 645, 652, 656, 658; V 345; VI 358; VII 36, 63, 68, 71-74, 85, 88, 119, 157, 221, 238, 240, 243, 257, 447, 449, 454.  
 romanos: *passim*.  
 Rubrio Galo: VII 92.  
 Rufo (soldado romano): VII 199.  
 sábado: IV 99, 103; VII 52-53; *vid.* también Séptimo día.  
 Sabático (río): VII 99.  
 Sabino (hermano de Vespasiano): IV 645, 647, 649.  
 Sabino (soldado romano): VI 54, 59, 61-62.  
 Salomón: V 137, 143, 185; VI 269.  
 Samaria (o Samarítide; región de Palestina): IV 449; V 50.  
 Samosata: VII 224, 230.  
 Samuel (padre de Fani): IV 155.  
 Sanedrín: *vid.* Consejo.  
 santuario del Templo: IV 150, 323, 388; V 16, 102, 184, 188, 204, 207, 211, 215, 219, 225-226, 229, 406, 412, 459, 565; VI 74, 99, 120-121, 126, 165, 240, 249, 251, 254, 261, 316, 346, 388; VII 162, 377.  
*Sancta Sanctorum* (del Templo de Jerusalén): V 219, 236; VI 260.  
 Sara: V 379.  
 sármatas: VII 90, 92.  
 Saúl: *vid.* Gabat Saúl.  
 Sedecías: V 391.  
 Seleucia: IV 2, 4.  
 Senado (de Antioquía): VII 107.  
 Senado (de Roma): IV 596, 600; VII 65, 121, 125.  
 Semeconitis (lago): IV 2.

- Senaquerib: V 387.  
 Sennabris: IV 455.  
 séptimo día: IV 582; V 230; VII 99, 362; *vid.* también Sábado.  
 Sicarios: IV 400, 516; VII 253-254, 262-263, 275, 297, 311, 410, 412, 414-415, 437, 444.  
 Sidón: I 249, 361, 422, 539; II 101, 479, 504.  
 Siene: IV 608, 610.  
 Sifa (hijo de Aregetes): IV 141.  
 Siloé, piscina de: V 140, 145, 252, 410, 505; VI 363, 401.  
 Silva: VII 252, 279, 306, 310.  
 Simón (hijo de Ari): VI 92, 148.  
 Simón (hijo de Arino): V 250.  
 Simón (hijo de Caata): IV 271; V 249; VI 148.  
 Simón (hijo de Esrón): V 6.  
 Simón (hijo de Gamaliel): IV 159.  
 Simón (hijo de Giora): IV 353, 503, 508, 514, 516-518, 520, 522, 524-526, 529, 534, 536, 538-540, 543, 556, 558, 564, 573-574, 577, 579, 584; V 11-12, 21, 23, 104, 169, 248, 252, 266, 278, 304, 309, 322, 358, 423, 440, 455, 473, 527-528, 530-531, 534, 536-537, 540; VI 72, 92, 114, 148, 191, 227, 229, 326, 360, 377, 380, 433; VII 26, 29, 31-32, 34, 36, 118, 154, 265.  
 Simón (hijo de Oseas): VI 148.  
 Simón (hijo de Taceas): IV 235.  
 Simón (padre de Eleazar): IV 225; V 5.  
 Simón (padre de Onías): VII 423.  
 sinagoga: VII 44.  
 Siria: IV 32, 501, 609, 620, 662; V 2, 42, 387, 520; VI 317; VII 18, 43, 46, 59, 96, 220, 367, 423.  
 sirios: IV 38; V 384-385, 550-551, 556; VII 18.  
 Sodoma: IV 453, 483, 485.  
 Soemo (rey de Emesa): VII 226.  
 Sogane: IV 2, 4.  
 Solima (antigua denominación de Jerusalén): VI 438.  
 Somora: IV 454.  
 Sosas (padre de Jacobo): IV 235, V 249.  
 Sosio: V 398, 408; VI 436.  
 sumo sacerdote: IV 147-148, 153-155, 160, 164, 238, 271, 315, 318, 347, 504, 572, 574, 582; V 36, 230, 236, 259, 304, 468, 506, 527; VI 114, 169, 389, 422; VII 267, 285, 423.  
 Tabernáculos, fiesta de los: VI 300.  
 Tabor: *vid.* Itabirion.  
 Taceas: IV 235.  
 Tamna: IV 444.  
 Tanais: VII 244.  
 Tanis: IV 660.

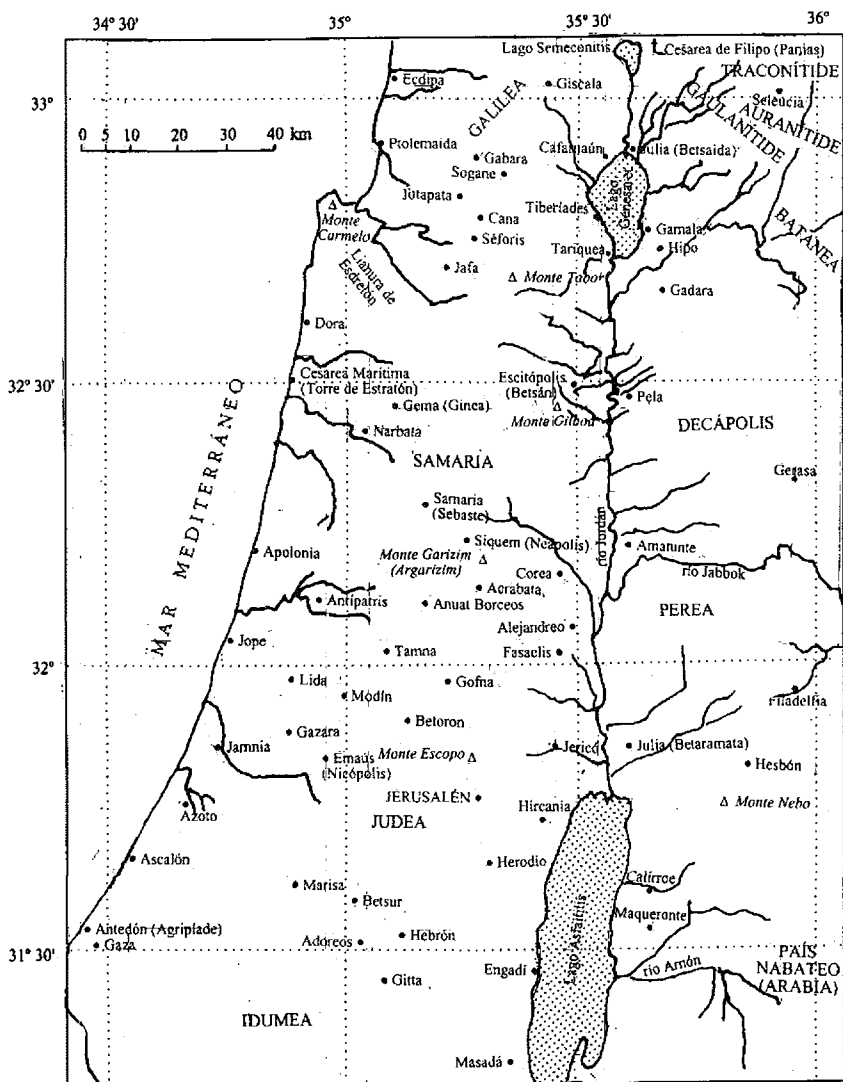
- Tariquea: IV 1-2.  
 Tarso: VII 238.  
 Tebas (ciudad de Egipto): VII 416.  
 Técoa: IV 518.  
 Templo del Becerro de Oro (junto al lago Semiconitis): IV 3.  
 Templo de Isis (en Roma): VII 153.  
 Templo de Jerusalén: IV 151, 162, 171-172, 181-182, 191, 196, 198, 200-201, 203, 215-216, 218, 228, 253, 261-262, 272, 277, 280, 300, 305, 311, 313, 323, 336, 343, 388, 568, 570-571, 577-578, 582; V 5, 7, 10-11, 13, 19, 22, 25, 36, 37, 67, 99-102, 104, 137, 139, 144-145, 149, 156, 184-187, 193-195, 201, 207, 209, 220, 227, 233, 237-238, 242-243, 245-246, 250, 254, 260, 278, 304, 334, 352, 356-257, 362, 383, 389, 391, 394, 397, 403, 405, 411, 416, 444, 456, 458, 517, 562-564; VI 71, 74, 82, 85, 96-97, 110, 120-121, 123, 126, 128, 130, 143, 149-150, 151, 156, 163-164, 168, 192, 216, 220, 228, 234, 238-241, 244, 248, 251-252, 258-260, 266, 268, 271, 274-275, 277-278, 280-281, 283, 285, 290, 292-295, 299-301, 309, 311, 316, 323, 325, 328, 346, 348-349, 364, 388, 390, 416, 438; VII 1, 30, 44-45, 148, 161, 218, 379, 425.  
 Templo de Júpiter Capitolino (en Roma): VII 153.  
 Templo de Onías (en Egipto): VII 421, 424, 427, 431-434, 436.  
 Templo de la Paz (en Roma): VII 158, 160.  
 Templo de Zeus Casio (en las fronteras de Egipto y Siria): IV 661.  
 Terencio Rufo: VII 31.  
 tesoro imperial: VII 446.  
 Tesoro sagrado: V 187, 200; VI 282, 387.  
 Tiberíades (ciudad de Galilea): IV 11.  
 Tiberíades (lago): IV 456.  
 Tiberio Alejandro: *vid.* Alejandro (Tiberio).  
 Tigelino: IV 492.  
 Tiridates: VII 249.  
 tirios: IV 104.  
 Tiropéon: *vid.* Queseros, barranco de los.  
 Tito: IV 32, 70-71, 87, 92, 99, 101, 103-104, 112, 115-116, 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 251, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331,

- 334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 21, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 152, 308, 450.
- Tito Frigio: VI 237.
- Tmuis: IV 659.
- toparquía: IV 444-445, 504, 511.
- Trajano (legado de la Legión X): IV 450.
- tribuno: IV 663, 640; V 48, 503; VII 131, 238.
- Valente: IV 547.
- Vespasiano: IV 118, 130, 498, 501, 597, 628, 658; V 1, 40, 43, 45-47, 50, 54, 56, 59, 61-65, 68, 81, 84, 87, 89, 90, 92-93, 96, 106, 114, 125-127, 133, 159, 258, 261, 276, 281, 288-289, 292, 295, 303, 310-311, 316-317, 319-320, 322, 324-325, 331, 334-335, 340, 346, 348, 356, 366, 408-409, 422, 446, 450, 455, 463, 486, 491, 495, 498, 503, 510, 519, 522, 530, 540, 549, 553, 567; VI 33, 54, 82, 93, 95, 118, 124, 130, 134, 136, 146, 163, 184, 217, 220, 228, 230, 236-238, 241, 243, 249, 252, 254, 261, 266, 316, 321, 323, 327, 352, 356, 362, 278, 380, 383, 385, 409, 415, 418, 440; VII 16-17, 23, 25, 37, 63, 75, 96, 100, 104, 106, 111, 116, 119, 124, 128, 152, 308, 450.
- Vindex: IV 440.
- Vitelio: IV 495, 546-547, 549, 586, 588-589, 594, 596, 598, 606, 619, 631, 634.
- Vologeses (rey de Partia): VII 105, 237, 242.
- Xisto: IV 581; V 144; VI 191, 325, 377.
- Yapigio, promontorio de (en el sudeste de Italia): VII 22.
- Zacarías (hijo de Anfícaleo): IV 225.
- Zacarías (hijo de Baris): IV 335-336, 338, 343.
- Zebedeo (padre de Jesús): VI 387.
- zelotes: IV 160, 162, 193, 197, 199, 201, 204, 209, 215-216, 218, 223, 224, 284, 291, 298, 302, 305-307, 310, 326, 340, 342, 346, 355, 363, 377, 381, 386-388, 490, 514, 538, 544,

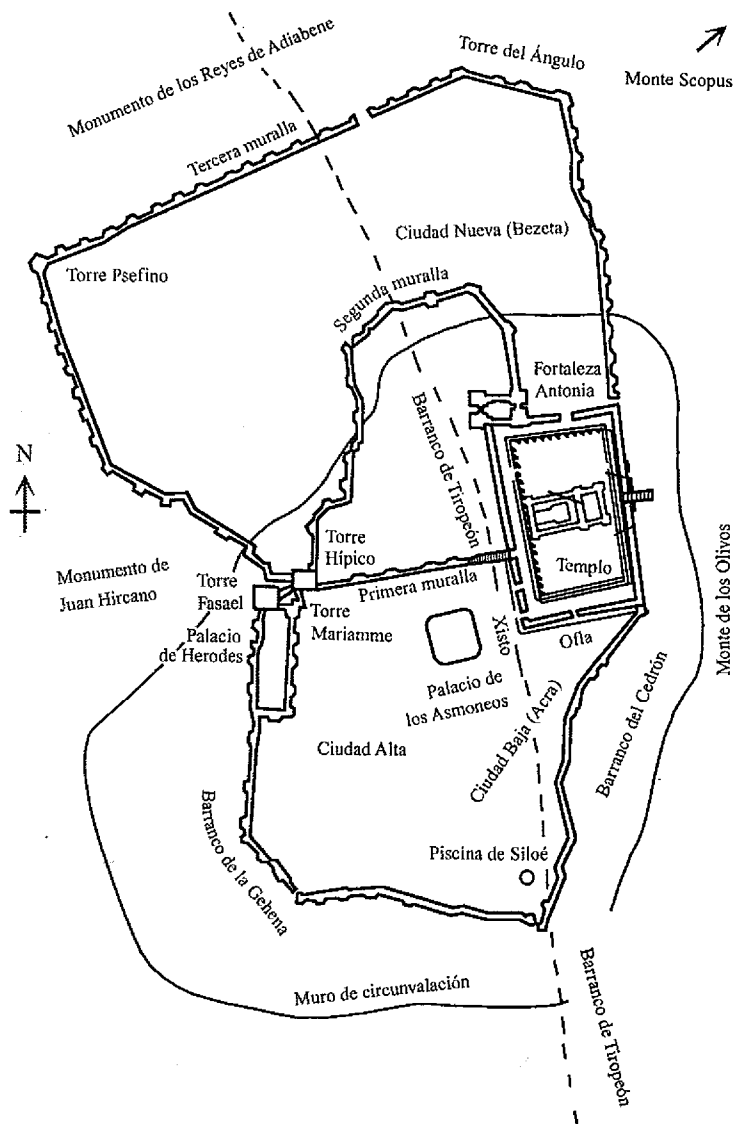
- 556, 558, 567-568, 570, 574- Zeugma (en el Éufrates): VII 105.  
 575, 577-579; V 3, 5, 7, 101, Zeus Casio: IV 661.  
 103, 250, 358, 528; VI 92, Zoara: IV 482.  
 148; VII 268, 274. Zodíaco: V 214, 217.



## APÉNDICE

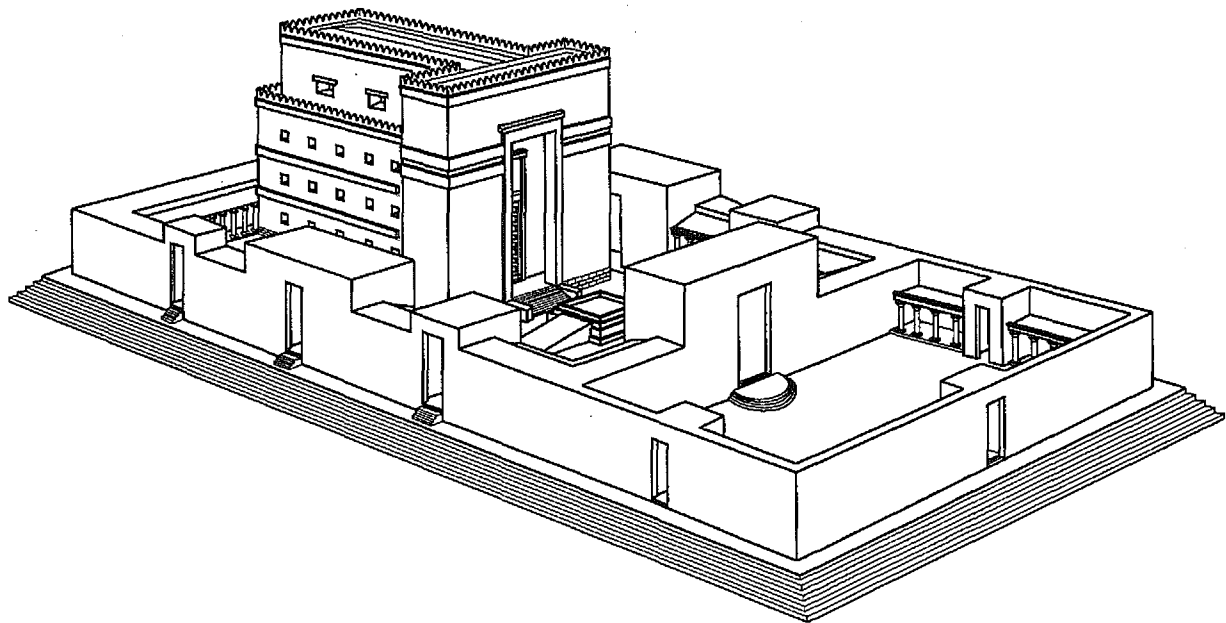


*Palestina en el siglo I d. C.*



*Jerusalén en el año 70 d. C.*





*Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)*

## ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
LIBRO IV .....	7
Nota textual .....	9
Sinopsis .....	11
Texto .....	13
LIBRO V .....	127
Nota textual .....	129
Sinopsis .....	131
Texto .....	133
LIBRO VI .....	241
Nota textual .....	243
Sinopsis .....	245
Texto .....	247
LIBRO VII .....	321
Nota textual .....	323

	<u>Págs.</u>
Sinopsis.....	325
Texto.....	327
ÍNDICE DE NOMBRES .....	401
APÉNDICE .....	417